

ES EL AMOR: ES EL VERSO

En la obra de José Martí es una característica sostenida la presencia de un entendimiento amoroso del mundo, lo que en él no supuso apego acomodaticio a las realidades existentes, sino asunción entrañable del afán de transformarlas y hacer de ellas fuentes verdaderas del bienestar humano. Iniciar la presentación de un volumen que reúne sus poemas de amor,¹ hace recordar el soberano final de «Criminología»: «Sólo el amor, engendra melodías.» Y ello remite a aquel modo de entendimiento. El texto que será inmediatamente citado también penetra en una valoración integral de la poesía y de la vida, y —sin escisión que le mengüe las esencias— pertenece a un apunte donde la concepción del conocimiento se entrelaza, al parecer, con referencias a

¹ *Poesía de amor* apareció por vez primera, también con los auspicios de la Editorial Letras Cubanas, en 1980, con el texto introductorio que titulé «Amor y poesía en José Martí». Cincuenta años antes Gonzalo de Quesada y Miranda había dado a conocer, como cuaderno, poemas amorosos martianos que hasta entonces no se habían publicado —José Martí: *Versos de amor (Inéditos)*, edición, recopilación y «Exordio» de G. Q. M., Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cia., La Habana, 1930—; pero no conozco antecedente alguno en cuanto a reunir por separado en un solo volumen una selección de la lírica amorosa de Martí hecha sobre la base de toda su obra poética. [Para esta (quinta) salida de *Poesía de amor* he introducido varias modificaciones —sobre todo de carácter formal— en la versión del prólogo que escribí para la edición de 1990. (Nota de marzo de 1993.)]

vínculos amorosos muy determinados: aquellos de los cuales hablan en Versos sencillos los poemas que nombran a una Eva real. Dice el maduro apunte: «Por el amor se ve. Con el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor, no puede ver.»² Y en aquel libro, de inconfundible dimensión autobiográfica, figura un poema en el cual, por medio de la interrelación de sus dos únicas estrofas, se definen las raíces que, en el orden de la práctica y de su correspondiente eticidad —médula y espíritu cardinales en el autor—, sostienen y nutren la agónica certidumbre. Tras la cuarteta inicial —«Yo que vivo, aunque me he muerto, / Soy un gran descubridor, / Porque anoche he descubierto / La medicina de amor»—, la segunda completa el sentido: «Cuando al peso de la cruz / El hombre morir resuelve, / Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve, / Como de un baño de luz.»

En dos de las grandes despedidas que escribió el 25 de marzo de 1895, Martí dio pruebas sobresalientes de la integración de su sentimiento amoroso en su condición de combatiente revolucionario. A la madre le dijo: «Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nació de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil»; y a un amigo dominicano, a Federico Henríquez y Carvajal, le aseguró: «hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio».³

Como en todo buen abrazo amoroso a la más cabal expresión de la vida —aquella en que la existencia personal no se concibe sino como sostén y búsqueda pelea-

² José Martí: *Cuadernos de apuntes*, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 21, p. 419. En las referencias a esta edición sólo se indicará, en adelante, el tomo y la paginación correspondientes.

³ J. M.: *Cartas a la madre y a Federico Henríquez y Carvajal*, ambas de 25 de marzo de 1895, t. 20, p. 475 y t. 4, p. 111, respectivamente.

dora de las grandes aspiraciones colectivas—, la vocación de sacrificio era para José Martí el estoicismo revolucionario propio de un combatiente ejemplar, que escribía aquellas cartas en vísperas de su incorporación a la guerra necesaria que él había preparado para bien de Cuba, de nuestra América y del mundo. Muchos años después, un hombre que tanta similitud tendría con él, Ernesto Che Guevara, escribió en un ensayo que recorrería el mundo: «el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad».⁴

En un poema de 1875, «Patria y mujer», Martí expresó la relación que el amor a la causa a la que se consagraba por entero guardaba, en su ánimo y en su conducta, con aquel al cual se dedica la presente selección de su obra. Después de exaltar este sentimiento, sostuvo:

Mas cuando con amor de patria lleno
Mi alma, que para amarla ensancharía,
¿Entre blonda sutil perlado seno,
Cárceles brinda al alma ansiosa mía?

No habla de amor mi corazón que late:
Cuando en mi corazón hay un latido,
Es que me anuncia que en algún combate
Un héroe de la patria ha perecido.

Los poemas que este libro reúne evidencian, entre otras —y con las peculiaridades de cada caso—, dos características permanentes en el sentimiento amoroso del autor: el recato y la sed de pureza, que en él se funden y condicionan recíprocamente. La primera cualidad se manifiesta de manera descollante en el comienzo del poe-

⁴ Ernesto Che Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba», en *Obras. 1957-1967*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, t. 2, p. 382.

ma XX de Versos sencillos: «Mi amor del aire se azora», que transparenta una fineza ajena por completo a la frialdad que tanto desvigoriza a la poesía amorosa de otros. Tal logro de Martí en él fue resultado y parte de las virtudes de un hombre mayor que gozó de plena delicadeza en todos los actos de su vida, y de una entereza que le permitió ser un enamorado cabal y, por ello, sin asomo de cierta vulgar galantería: esa que alguna vez, irresponsable o quizás dolosamente se le quiso endilgar en tiempos en que —debido a causas entre las cuales su prematura muerte en combate fue de gran peso— no abundaba el decoro que él se propuso sembrar; desde las raíces, en la república a cuya consecución dedicó esfuerzos e inteligencia supremos.

Ante la insobornable sed de pureza que Martí cultivó con deleite, determinada forma de enjuiciamiento —en algún grado similar a la refutada anteriormente— ha llegado a atribuirle tendencia a un trasnochado caballerismo pasatista, lo que el buen conocimiento de la obra martiana hace francamente difícil de concebir. Sin embargo, bien valdría la pena asimilar como norma o, al menos, como aspiración de mejoramiento, las lecciones que emanan de la peculiar pureza encarnada por el autor y que, lejos de remitir a valores ya envejecidos, tienen el poder de orientar hacia verdades del futuro. Sólo la eliminación de las injusticias sociales que durante siglos se han arraigado pondrá a la humanidad en condiciones de alcanzar una real pureza en la concepción y —sobre todo— en la práctica de las relaciones amorosas.

En otro lugar he abordado un tema que en mucho se vincula con el pensamiento de Martí acerca del amor: su ideario en torno a la mujer.⁵ Allí he abundado en consi-

⁵ La más reciente edición del estudio aludido —«José Martí hacia la emancipación de la mujer»— aparece en mi libro *Ideología y práctica en José Martí*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

deraciones que el reducido espacio y los objetivos de estas páginas preliminares no hacen posible; pero, por lo pronto, resulta necesario tener en cuenta que, a propósito de la sociedad estadounidense, Martí, refiriéndose al tema, advirtió que «la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer», había llegado a ser «un contrato de intereses y sentidos».⁶ En fecha temprana —1880— escribió su «Dolora griega», donde se lee esta declaración de un enamorado que habla de la causa de su infortunio:

—Pues las bodas no serán.
Y estoy de pesar que muero,
Y la doncella es muy bella;
Pero mi linda doncella
No tiene un centavo entero.

La voz que en el texto expresa el punto de vista del poeta, refuta al menguado amante: «—¿Y estás muy triste de amor, / Galán cobarde y sin seso? / Amor, menguado, no es eso: / Amor cuerdo no es amor.» En las ideas de Martí con respecto a las facultades y las virtudes de la mujer — y sobre las condiciones necesarias para asegurarle su participación en la conquista del bienestar humano— se observa una sugerente maduración. Ya en camino hacia la guerra en cuyos inicios perdió su vida física, le escribió a una adolescente que él educó y quiso como a una hija, a María Mantilla, una carta donde figura (y fulgura) el siguiente pasaje:

*Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos?
¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer,—en saber, para poder querer,—querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amo-*

⁶ J. M.: «Sobre los Estados Unidos», t. 11, p. 135.

rosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores,—a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas,—esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse,—llaman en el mundo «amor». Es grande, amor; pero no es eso [...] Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto.—⁷

En el prólogo a la primera edición de Poesía de amor, insistí, con referencia a la cita antes vista, en que no parece necesario indicar que esas ideas se encuentran más cerca de campañas aún no logradas que de concepciones caballerescas medievales. Sin dejar de advertir que, lógicamente, no ha de pretenderse ver en Martí a un hombre con todas las posibilidades ideológicas de nuestros días, pues la realidad que él vivió fue otra, recordé asimismo que el excepcional fundador experimentó en sus concepciones al respecto una significativa trayectoria desde adolescente de explicable enraizamiento hispáni-

⁷ J. M.: Carta a María Mantilla de 9 de abril de 1895, t. 20, p. 216. El Centro de Estudios Martianos ha preparado una edición facsimilar de las cartas de Martí a María Mantilla: se publicó en 1983 por esfuerzo común del Centro y de la Editorial Gente Nueva. (Acerca de los vínculos de Martí con el hogar de la familia Mantilla-Miyares, léase —en el duodécimo *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, correspondiente a 1989— el borrador de carta escrito por él para dirigirse a Victoria Smith, y la «Nota» que lo antecede y fue redactada por el autor de este prólogo, quien tiene inédita una versión ampliada.)

co, hasta su temprana condición de hombre maduro y constantemente enriquecido por su talla universal.

Es un hecho indudable que José Martí, al combatir los obstáculos que en su tiempo entorpecían el feliz desenvolvimiento de la humanidad, también forjó enseñanzas válidas para el futuro: nuestro presente es sólo una etapa en el bregar hacia un porvenir donde la majestad de esas orientaciones perdurará como inagotable plenitud germinadora. Ello también se aprecia en sus criterios acerca de la pareja humana. A veces se ha tomado como cosa muy fácil indicar aspectos en los cuales dichos criterios —de modo especial aquellos más directamente relacionados con la actuación de la mujer en la sociedad— han sido superados. Pero ello es cosa bien natural si no olvidamos que, a pesar de obstáculos y desviaciones de varia índole, en el mundo se han ensanchado horizontes y abierto nuevas vías a la emancipación del ser humano. Aún así, valdría la pena reconocer igualmente que ni siquiera por ello estamos ya por completo a salvo de insuficiencias y confusiones. Y tampoco parece insensato sospechar que en aquella «facilidad» —no entro a referirme aquí a los casos de juicios desfachatados— suele influir el desconocimiento (o la limitada consideración) de los valiosos vislumbres que debemos a Martí, aunque él tuvo que bracear en un medio como el estadounidense, donde vivió años decisivos en su formación política, y donde, por añadidura, la realidad imperante dificultaba la comprensión cabal del problema.

Se trata de verdades que deben tenerse presente al analizar determinados juicios de Martí, como los que emitió, en carta de 1891, al referirse a una invitación que se le había cursado para que impartiera «tres lecturas o discursos breves sobre un tema que sólo es sencillo en su enunciación, pero cuya dificultad», dice a la destinataria de la misiva, «Vd. mejor que nadie comprenderá, así como su importancia e interés, si le digo que es nada menos que este: “¿con qué tendencias, y para qué

fin, debe educarse a la mujer? ”», a lo cual agregó: «Ahí caben todas las ilusiones y todas las experiencias. Yo veo y oigo y no sé si he llegado a ideas bien seguras en este asunto.»⁸ La honrada confesión no ha de llevarnos a desconocer sus aportes a un tema de tanta significación para el bienestar de la sociedad en general —a la que ofrendó su magno afán revolucionario— y, en particular, para la felicidad de la pareja humana, concebida de acuerdo con la abarcadora perspectiva universal de que él gozó en un grado que tal vez aún no sospechemos plenamente.

Hacia 1882 destinó a su hermana Amelia consejos que, por sus muy significativas implicaciones, rebasan los límites de la orientación familiar inmediata y se adentran en planos de más amplia validez:

quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, y te escondas en ti a verlos pasar: que como las aves de rapiña por los aires, andan los vientos por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después de largo examen, detenidísimo conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Hay en nuestra tierra una desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable que lleva a un matrimonio que no se rompe, ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Y en vez de ponerse el hombre y la mujer que se sienten acercados por una simpatía agradable, nacida a veces de la prisa que tiene el alma

⁸ J. M.: Carta a Manuela Agramonte de 5 de marzo de 1891, t. 20, p. 384.

en flor por darse al viento, y no de que otro nos inspire amor, sino del deseo que tenemos nosotros de sentirlo;—en vez de ponerse doncel y doncella como a prueba, confesándose su mutua simpatía y distinguiéndola del amor que ha de ser cosa distinta, y viene luego, y a veces no nace, ni tiene ocasión de nacer, sino después del matrimonio, se obligan las dos criaturas desconocidas a un efecto que no puede haber brotado sino de conocerse íntimamente.—Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran terminar.—⁹

Detengámonos, por un momento al menos, en la última frase del fragmento: «Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran terminar», y atendamos a las sugerencias de una anotación que Martí hiciera en uno de sus cuadernos de apuntes, presumiblemente en fecha cercana a la carta citada.¹⁰ Allí expresó una preocupación que le hizo prolongar su comentario, a partir del núcleo inicial del apunte, en los espacios que le quedaron libres en las cinco hojas siguientes del cuaderno, después de haber hecho en ellas anotaciones sobre temas diferentes. Dice el referido núcleo inicial:

Se da por base al amor un elemento que en el matrimonio no es capaz de sostenerlo: la simpatía fi-

⁹ J. M.: Carta a su hermana Amelia, t. 20, pp. 286-287. (En *Obras completas* se le atribuye como fecha el año 1880; pero —según rectificación que agradezco a Luis García Pascual— esta carta debe de corresponder a 1882.)

¹⁰ J. M.: *Cuadernos de apuntes*, t. 21, pp. 233-234. (El fragmento corresponde al octavo cuaderno —que se supone escrito entre 1880 y 1882— y ha sido confrontado con el manuscrito original, lo que explica las diferencias que pueden apreciarse entre el texto de la cita y la reproducción ofrecida en *Obras completas*.)

sica.—La rápida impresión externa preside casi exclusivamente a las vehementes expresiones y graves promesas que se han hecho condiciones indispensables del amor.—Y ¡hay tanta diferencia de gustarse—a amarse! Debe hacerse—salvo malicia—lo que hacen ciertos indios del Estado de Veracruz—tomarse a prueba, vivir bajo el mismo techo.—Ir juntos al arroyo. Cargar juntos la leña. Oírse y conocerse.—Y si la simpatía definitiva de las almas no sanciona la atracción pasajera de los cuerpos—separarse. El equilibrio entre las condiciones de los cónyuges, y su mutuo conocimiento, son en el matrimonio las únicas condiciones de ventura.—Lo demás es jugar la vida a cara o cruz.—

En las adiciones a ese texto —que tanta audaz anticipación propone, y que se asocia a su opinión acerca del «divorcio intelectual, que es el mal terrible»—¹¹ intensificó la sustentación de sus ideas:

¿Por qué ha de hacerse— con gran riesgo de la ventura de la vida—punto de honor que los que han sido novios sean cónyuges? —El honor mismo exige que no nos pongamos en condiciones de faltar a él.—¿Sobre la mera simpatía—esa mariposa—ha de construirse cosa tan maciza como un hogar? // ¿Y si la mariposa bate las alas?—¿Y si vuela— ¡caprichosillo insecto!—hacia otro sol más vivo que el que primero la sedujo? ¿No pueden hombre y mujer equivocarse? ¿Ha de pagarse con el malestar de toda la vida la vanidad de no querer confesar un error?—Vale más desgarrarse un poco el alma, cuando se está aún en época de cura, que arrastrar dentro del pecho sus jirones rotos, cuan-

¹¹ J. M.: «Carta de Nueva York. Abogados mujeres», t. 9, p. 288.

do no se está ya en época de curarse.—Ni vale aducir excesos de imaginación,—que la razón queda siempre libre, aún en medio de esas magníficas nubes azules y rosadas.—No ha de fundarse con la imaginación lo que ha de resistir luego los embates de la razón. La razón es una piqueta: la imaginación—otra mariposa?—

No olvidemos que en 1895 aconsejó a María Mantilla querer con la razón y con el cariño. Pueden quedarse los anteriores apuntes sin que se propongan conclusiones, y, en fin de cuentas, aún actualmente no hemos rebasado la certidumbre de que la transformación revolucionaria de la sociedad ha ratificado que, en lo concerniente a los modos de relacionarse los integrantes de la pareja humana, caminamos hacia soluciones futuras que, hoy por hoy, en gran medida nos resultan imprevisibles. De alguna manera podríamos repetir —tanto en este sentido como en lo que se refiere en particular a la valoración de la mujer— que no sabemos si hemos llegado a ideas bien seguras en este asunto. En todo caso, las sugerencias que emanan de las formulaciones de Martí o se muestran en estas, siguen representando una magnífica puerta hacia el futuro.

Por cierto, el formidable revolucionario sabía que —piénsese en su «Dolora griega»— la mezquindad que estimulaban los intereses implantados en la realidad social que él conoció (y rechazó), constituía un nocivo obstáculo contra la libertad con que ha de asumir cada cual la responsabilidad —así placentera— de escoger su destino amoroso. En uno de los intensos endecasílabos de Versos libres llegó a enfatizar: «Ni el amor, si no es libre, da venturas.» En 1884 describió entusiasmado el acto de graduación de alumnas que habían concluido el bachillerato en un colegio de los Estados Unidos, y en las páginas del artículo —que se publicó en La América, revista dirigida a los lectores hispanoamericanos, lo que

entonces confería aún mayor significación a su prédica— subrayó la importancia que para el fortalecimiento de las relaciones amorosas tenía (tiene) el cultivo intelectual de la mujer. En época en que esto era menos aceptado que hoy, defendió las conveniencias de dicho cultivo para el propio hombre y sostuvo que no debían ser «la compasión, el deber y el hábito» las razones que lo mantuvieran unido a la esposa, «sino una inefable compenetración de espíritu, que no quiere decir servil acatamiento de un cónyuge a las opiniones del otro». En el sentido generalizador que la frase va trazando, añadió cuál debía ser la naturaleza de la unión afectiva: «ese sabroso apretamiento de las almas en que sean semejantes sus opiniones, capacidades y alimentos, aun cuando sus pareceres sean distintos».¹²

En un apunte que permaneció inédito hasta que el Centro de Estudios Martianos, poco después de su fundación, lo dio a conocer —y que parece corresponder a los últimos años de Martí, dadas las alusiones a las que podrían ser las mesas de los talleres de trabajadores cubanos en la emigración, a los que tantos vínculos directos y referencias en su obra escrita lo unirían, sobre todo a partir de 1892— ofreció criterios particularmente esclarecedores.¹³ Aprobó luminosamente la realización

¹² J. M.: «Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos», t. 8, p. 444.

¹³ J. M.: «Para las escenas.—», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 1, La Habana, 1978, pp. 33-34. En nota al pie se advierte con respecto a la transcripción del manuscrito: «Las palabras entre corchetes son las que ofrecen dudas; las subrayadas [y también entre corchetes] faltan en el texto por lapsus o rapidez de la escritura; las que no se han podido descifrar en absoluto, se indican con las iniciales p. i.: palabras ilegibles.» Tal aclaración es válida para la reproducción de los poemas de Martí que el lector encontrará en la presente selección, donde, además, cuatro puntos entre corchetes indican que se está ante un texto incompleto o un deterioro de los manuscritos originales.

de matrimonios entre representantes de la llamada raza blanca y representantes de la llamada raza negra, y sostuvo, con otra generalización de implicaciones aún más significativas, y con previsorá confianza en el futuro, principios como estos:

El matrimonio no es un derecho de cada hombre sobre cada mujer, sino la unión voluntaria de dos seres de diverso sexo. Para los fines de la vida (que [van] más allá, quién es el atrevido que se arroga el derecho de declarar inseparables a dos seres, cuando los separa [p. i.] ante nuestros ojos la muerte:) La unión voluntaria.

Con un lenguaje que se afinca en su inagotable modernidad revolucionaria, señaló la interrelación que existe entre la solución del conflicto —ante el cual su actitud debió indudablemente ser escandalosa en su medio, dominado, sobre todo en lo que a los Estados Unidos concierne, por un feroz racismo— y la solidaridad y el decoro humanos generados o robustecidos por la comunión del trabajo:

¿Por dónde empezará la fusión? Por donde empieza, todo lo justo y lo difícil, por la gente humilde. Los matrimonios comenzarán entre las dos razas entre aquellos a quienes el trabajo mantiene juntos. Los que se sientan todos los días a la misma mesa, están más cerca de elegir en la mesa su compañera, que [los] que no se sientan nunca en ella. De abajo irán viniendo de esa manera.

Los brevísimos comentarios precedentes sólo aspiran a trazar una mínima orientación para el mejor entendimiento de las perspectivas con que fueron escritos los poemas del volumen. Y las líneas que siguen tampoco pretenden ser siquiera el esbozo de un estudio de la extraordinaria obra poética de José Martí, la más ex-

traordinaria de las letras cubanas y una de las más extraordinarias de que pueden sentirse orgullosas la lengua española y la humanidad en su conjunto. Ya en torno a esa obra existen abordajes exegéticos fundamentales, seguirán produciéndose nuevos aportes valorativos, a lo que de seguro contribuirá la aparición de la importante edición crítica, en dos volúmenes, de la Poesía completa de Martí, preparada en el Centro de Estudios Martianos por un equipo que encabezó Cintio Vitier. En esa edición se basa la nueva salida de Poesía de amor, que en sus páginas prologales vuelve a llevar apenas algunas referencias elementales a valores medulares del quehacer lírico martiano.

Huelga decir que toda la obra literaria de José Martí encuentra fundamento rector en su firme actitud política y en su insobornable vocación ética, raíces de su permanente magisterio. Únicamente se aludirá a determinados rasgos que —en constante intercambio con aquella actitud y con aquella vocación principales— marcan la orientación y el destino de la poesía martiana.

José Martí ocupa un lugar prominente en la renovación que, nutrida por un inagotable enriquecimiento, ha hecho de la literatura hispanoamericana una zona de indiscutible personalidad propia y con una jerarquía de primer orden en el idioma y en el patrimonio cultural del mundo. La capacidad renovadora de Martí, que no acaba en los límites comunes a las promociones de autores de su tiempo en la que él llamó nuestra América, sino que fomenta y actualiza ininterrumpidamente su poder fecundante, tiene la mina generadora en su condición de fundador excepcional.¹⁴ Lo que en otros pudo ser, sobre todo, recurso para la expresión de un determinado gusto literario, en él trascendió y fue vía para comunicar —en

¹⁴ Consúltese, de Roberto Fernández Retamar: «Cuál es la literatura que inicia José Martí», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 4, La Habana, 1981, pp. 26-50.

una forma estéticamente magistral— valores necesarios al mejoramiento humano y a la utilidad de la virtud, aspiraciones que definen desde la dedicatoria su iniciador Ismaelillo, publicado en 1882. Pensemos que la pedrería y los metales preciosos fueron entonces, en sí mismos, objeto de obsesivo uso por parte de numerosos poetas que frecuentemente acudían a ellos como recurso estetizante, y recordemos que en Martí cada vocablo obedecía con íntima y libre voluntad a su condición de fundador de pueblos. En el mismo Ismaelillo dice al hijo:

[...] si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Con ese modo de asumir la literatura, utilizó como imágenes, en Versos sencillos, otros objetos preciosos. En el poema XVIII la amada ha renunciado a un alfiler de auténtico oro —oscuro el metal, significativamente puro y purificador el hombre que con amor lo arranca a la roca— por un «diamante embustero», mientras en el XLII abandona «La perla triste y sin par». En ambos casos, el poeta logra —siempre, valga reiterarlo, con su maestría estética— una aleccionadora reprobación del mal cuidado con que se ha atendido el amor verdadero.¹⁵

¹⁵ «La perla de la mora» (t. 18, p. 379), poema que Martí incluyó en la segunda entrega (agosto de 1889) de *La Edad de Oro*, viene a ser un antecedente de aquellas dos composiciones de *Versos sencillos*; en particular, de la numerada «XLII». Véase «La perla de la mora»:

*Una mora de Trípoli tenía
Una perla rosada, una gran perla:*

La facultad renovadora de Martí se evidencia también en la anticipación de características que emparentan con él a otros grandes poetas que le han sucedido. Incluso, abundan los momentos en que hace pensar en la poesía contemporánea. «Bien: yo respeto» anticipa muchos elementos caros a las preferencias actuales, y —bien lo ha dicho Cintio Vitier— puede asociarse con rasgos distintivos de poetas como César Vallejo:

Bien: yo respeto
A mi modo brutal, un modo manso
Para los infelices e implacable
Con los que el hambre y el dolor desdeñan,
Y el sublime trabajo: yo respeto
La arruga, el callo, la joroba, la hosca
Y flaca palidez de los que sufren.

Obviamente, el núcleo seminal de la frescura expresiva y de la vigencia ideológica en Martí, y asimismo en autores afines a él, se encuentra en su propia condición de hombre que, enraizado combativamente en su tiempo, abrazó con fuerza y visión bastantes a trascenderlo ejemplarmente anhelos esenciales del hombre, razón por la cual tuvo «un modo manso / Para los infelices e implacable / Con los que el hambre y el dolor desdeñan, / Y el sublime trabajo» y respetó «La arruga, el callo, la joroba, la hosca / Y flaca palidez de los que sufren». Por ahí se llega a explicaciones fundamentales, también en el plano poético, de su permanencia y de su futuridad.

*Y la echó con desdén al mar un día:
—«¡Siempre la misma! ¡Ya me cansa verla!»*

*Pocos años después, junto a la roca
De Trípoli... ¡la gente llora al verla!
Así le dice al mar la mora loca:
—«¡Oh mar! ¡oh mar! ¡devuélveme mi perla!»*

Naturalmente, para ello —tanto en su condición de productor literario como en su labor crítica— contó con un talento artístico de jerarquía universal, que reserva sorpresas a la indagación bien orientada. Siguiendo un hallazgo de Alfonso Herrera Franyutti, la edición crítica de la Poesía completa de Martí ofrece una de las múltiples revelaciones que aporta: la que atañe al poema que se había divulgado con el título «Rimas» y cuyo conocimiento se debía a su inclusión en un artículo de Rubén Darío acerca de Martí publicado después de la muerte del autor de Versos libres. Llegó a sospecharse que se trataba de un texto escrito por Martí —al habitual modo cortés como esto suele hacerse— según determinada manera o sabor dariano, por lo cual se comprendía que el autor de Azul... y de Prosas profanas se sintiera, siempre según aquella sospecha, especialmente identificado con la pieza, quizás destinada a él por el hombre a quien llamó, en acto de conmovido reconocimiento, «¡Maestro!» Sin embargo, el asunto gana en luz y en complejidad al saberse que lo reproducido por Darío como «Rimas» es la mayor parte de un poema de Martí denominado «Versos» y que apareció en el número de la mexicana Revista Universal correspondiente al 1° de agosto de 1875. Las sugerencias del hecho hablan por sí solas.

Se impone que estas palabras de presentación lleguen a su fin, por lo cual las escasas líneas últimas se dedicarán a algunas explicaciones sobre la compilación. Como va siendo habitual —y habitualmente agradecido por los lectores— Poesía de amor incurre en algún grado de infidelidad con respecto a la conocida y severa instrucción que José Martí, en su carta-testamento literario, diera a Gonzalo de Quesada y Aróstegui: «Versos míos, no publiqué ninguno antes del Ismaelillo; ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y

sinceros.»¹⁶ Pero también se sigue el procedimiento de ofrecer primero los textos correspondientes a Versos libres y Versos sencillos, conjuntos poemáticos posteriores al cuaderno sabiamente escogido por Martí como deslinde en su obra poética: *Ismaelillo* —que debido a sus temas queda fuera del presente volumen— no sólo marca el inicio de la consumación del autor en su madurez dentro del género, sino que señala el comienzo de una importante renovación en la poesía de habla española, como ya ha sido indicado con acierto por críticos e investigadores.

En la segunda parte del volumen se agrupan composiciones diversas. Muchas de ellas —como podrá apreciarse en las indicaciones cronológicas, algunas de las cuales, siguiendo a los editores de las citadas *Obras completas*, se han inferido de los cuadernos de apuntes en que Martí las escribió (a ello obedece el empleo de corchetes y signos de interrogación en varias fechas propuestas)— son anteriores a *Ismaelillo*. Otras quizás daten de los tiempos en que el autor escribió ese poemario, y también las hay posteriores. El final de la segunda parte recoge poemas que —como los conjuntos de brevedades líricas *Polvo de alas de mariposa* y *La pena como un guardián*— no brindan, por el momento al menos, la posibilidad de una ubicación cronológica confiable.¹⁷ Uno de los poemas de

¹⁶ J. M.: Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, del 1º de abril de 1895, t. 1, p. 26.

¹⁷ Algunos de los originales de *Polvo de alas de mariposa* y de *La pena como un guardián* se encuentran —como casuísticamente se especifica en la edición crítica de la *Poesía completa* de Martí— en el cuaderno de apuntes numerado 6 en sus ya citadas *Obras completas*, cuyos editores lo consideran escrito en 1881, año en que el autor creó (¿parcialmente?) su *Ismaelillo*. Pero mientras no se pruebe lo contrario, puede suponerse que la elaboración de aquellas colecciones de poemas breves corresponde a un período mayor, y por ahora indeterminado.

Polvo de alas de mariposa vuelve a reservarse, como su carácter sugiere, para cierre natural del volumen.

Tanto en la primera parte (ese es el caso de algunos textos de Versos libres, colección que Martí no llegó a terminar) como en la segunda, figuran poemas inconclusos o en evidente elaboración por el autor, cuya ejemplar vida revolucionaria nutrió un impar genio literario, al tiempo que le reclamó una consagración vital que en él fue un acto de amor y de fe insobornables. Y, aunque más ceñida que en su primera edición, ahora también Poesía de amor reproduce páginas que, sin ser estrictamente amorosas, contribuyen a esclarecer la visión de Martí sobre un tema de tan profunda y universal significación, o confieren al amor un poder de motivación estética (una cabal «sed de belleza»), que por sí mismo basta para que aparezcan en la selección.

En general, se ha querido aligerar de anotaciones los poemas, lo cual resulta posible gracias a la edición crítica de la Poesía completa de Martí, la que en su momento ocupará el lugar que le corresponda en las martianas Obras completas. Edición crítica, que el Centro de Estudios Martianos tiene entre las líneas fundamentales de su trabajo investigativo. En las pocas notas con que los textos salen ahora en Poesía de amor, y en las cuales la carencia de indicación señala que son de quien suscribe, las siglas PC remiten a la aludida Poesía completa —donde el lector hallará numerosos e iluminadores escolios—, mientras que con OC se designan las Obras completas de Martí publicadas en La Habana entre 1963 y 1973 y de las cuales se hizo en 1975 una reimpresión fotográfica que no incluye el volumen 28.

Por último, advierto que en esta oportunidad tampoco se ha pretendido que Poesía de amor tenga carácter antológico, lo cual resulta a la vez difícil e inevitable tratándose de un autor como José Martí, cuya obra empieza y acaba por ser una antología de la integral dignidad humana. En cualquier caso, los lectores tendrán en este

volumen una fuente para el disfrute de parte de aquella obra, producida por uno de los más extraordinarios miembros de la especie, que le debe lecciones fundamentales en política, en estética, en valer espiritual. Un hombre que, consciente de su plena y firme orientación humana, pudo afirmar en Versos sencillos:

¡Arpa soy, salterio soy
Donde vibra el Universo:
Vengo del sol, y al sol voy:
Soy el amor: soy el verso!

LUIS TOLEDO SANDE

La Habana, junio y septiembre de 1983, enero de 1989 y marzo de 1993.

PRIMERA PARTE

BOSQUE DE ROSAS

Allí despacio te diré mis cuitas;
Allí en tu boca escribiré mis versos!—
Ven, que la soledad será tu escudo!
Pero, si acaso lloras, en tus manos
Esconderé mi rostro, y con mis lágrimas
Borraré los extraños versos míos.
Sufrir ¡tú a quien yo amo, y ser yo el casco
Brutal, y tú, mi amada, el lirio roto?
Oh! la sangre del alma, tú la has visto?
Tiene manos y voz, y al que la vierte
Eternamente entre la sombra acusa.
¡Hay crímenes ocultos, y hay cadáveres
De almas, y hay villanos matadores!
Al bosque ven: del roble más erguido
Un pilón labremos, y en el pilón
Cuantos engañen a mujer pongamos!

Ésa es la lidia humana: la tremenda
Batalla de los cascos y los lirios!
Pues los hombres soberbios ¿no son fieras?
Bestias y fieras! Mira, aquí te traigo
Mi bestia muerta, y mi furor domado.—
Ven, a callar; a murmurar; al ruido

De las hojas de Abril y los nidales.
Deja, oh mi amada, las paredes mudas
De esta casa ahoyada y ven conmigo
No al mar que bate y ruge sino al bosque
De rosas que hay al fondo de la selva.
Allí es buena la vida, porque es libre—
Y tu virtud, por libre, será cierta,
Por libre, mi respeto meritorio.
Ni el amor, si no es libre, da ventura.
¡Oh, gentes ruines, las que en calma gozan
De robados amores! Si es ajeno
El cariño, el placer de respetarlo
Mayor mil veces es que el de su goce;
Del buen obrar ¡qué orgullo al pecho queda
Y cómo en dulces lágrimas rebosa,
Y en extrañas palabras, que parecen
Aleteos, no voces! Y ¡qué culpa
La de fingir amor! Pues hay tormento
Como aquél, sin amar, de hablar de amores!

Ven, que allí triste iré, porque yo muero!
Ven, que la soledad será tu escudo!

POMONA

Oh, ritmo de la carne, oh melodía,
Oh licor vigorante, oh filtro dulce
De la hechicera forma! —no hay milagro
En el cuento de Lázaro, si Cristo
Llevó a su tumba una mujer hermosa!

Qué soy— quién es, sino Memnón en donde
Toda la luz del Universo canta,—
Y cauce humilde en que van revueltas,

Las eternas corrientes de la vida?
—Iba,— como arroyuelo que cansado
De regar plantas ásperas fenece,
Y, de amor por el noble Sol transido,
A su fuego con gozo se evapora:
Iba, —cual jarra que el licor ligero
Hinche, sacude, en el fermento rompe,
Y en silenciosos hilos abandona:
Iba,— cual gladiador que sin combate
Del incólume escudo ampara el rostro
Y el cuerpo rinde en la ignorada arena
...Y súbito,— las fuerzas juveniles
De un nuevo mar, el pecho rebosante
Hinchen y embargan,— el cansado brío
Arde otra vez,— y puebla el aire sano
Música suave y blando olor de mieles!
Porque a mis ojos los fragantes brazos
En armónico gesto alzó Pomona.

SED DE BELLEZA

Solo, estoy solo: viene el verso amigo,
Como el esposo diligente acude
De la erizada tórtola al reclamo.
Cual de los altos montes en deshuelo
Por breñas y por valles en copiosos
Hilos las nieves desatadas bajan—
Así por mis entrañas oprimidas
Un balsámico amor y una avaricia
Celeste de hermosura se derraman.
Tal desde el vasto azul, sobre la tierra,
Cual si de alma de virgen la sombría
Humanidad sangrienta perfumasen,
Su luz benigna las estrellas vierten

Esposas del silencio! —y de las flores
Tal el aroma vago se levanta.

Dadme lo sumo y lo perfecto: dadme
Un dibujo del Angelo: una espada
Con puño de Cellini, más hermosa
Que las techumbres de marfil calado
Que se place en labrar Naturaleza.
El cráneo augusto dadme donde ardieron
El universo Hamlet y la furia
Tempestuosa del moro: —la manceba
India que a orillas del ameno río
Que del viejo Chitchén los muros baña
A la sombra de un plátano pomposo
Y sus propios cabellos, el esbelto
Cuerpo bruñido y nítido enjugaba.
Dadme mi cielo azul... dadme la pura
Alma de mármol que al soberbio Louvre
Dio, cual su espuma y flor, Milo famosa.

¡OH, MARGARITA!

Una cita a la sombra de tu oscuro
Portal donde el friecillo nos convida
A apretarnos los dos, de tan estrecho
Modo, que un solo cuerpo los dos sean:
Deja que el aire zumbador resbale,
Cargado de salud, como travieso
Mozo que las corteja, entre las hojas,
Y en el pino
Rumor y majestad mi verso aprenda.
Sólo la noche del amor es digna.
La soledad, la oscuridad convienen.
Ya no se puede amar, ¡oh Margarita!

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos:
Corre cual luz la voz; en alta aguja
Cual nave despeñada en sirte horrenda
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas: muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;
El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;—
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
Irse tiñendo de color las rosas,—
¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? Bien que sienta
Cual áureo vaso o lienzo suntuoso
Dama gentil en casa de magnate!
O si se tiene sed, se alarga el brazo
Y a la copa que pasa, se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
Y el hábil catador,— manchado el pecho

De una sangre invisible,— sigue alegre
Coronado de mirtos, su camino!
No son los cuerpos ya sino desechos,
Y fosas, y jirones! Y las almas
No son como en el árbol fruta rica
En cuya blanda piel la almíbar dulce
En su sazón de madurez rebosa,—
Sino fruta de plaza que a brutales
Golpes el rudo labrador madura!
¡La edad es esta de los labios secos!
De las noches sin sueño! De la vida
Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
Que la ventura falta? Como liebre
Azorada, el espíritu se esconde,
Trémula huyendo al cazador que ríe,
Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
Y el Deseo, de brazo de la Fiebre,
Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! Toda está llena
De copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
Tósigo sea, y en mis venas luego
Cual duende vengador los dientes clave!
Tengo sed, —mas de un vino que en la tierra
No se sabe beber! ¡No he padecido
Bastante aún, para romper el muro
Que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
Tomad vosotros, catadores ruines
De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York. Abril. 1882.

MUJERES

[I]

Ésta, es rubia: ésa, oscura: aquélla, extraña
Mujer de ojos de mar y cejas negras:
Y una cual palma egipcia alta y solemne
Y otra como un canario gorjeadora.
Pasan, y muerden: los cabellos luengos
Echan, como una red: como un juguete
La lánguida beldad ponen al labio
Casto y febril del amator que a un templo
Con menos devoción que al cuerpo llega
De la mujer amada: ella, sin velos
Yace, y a su merced; —él, casto y mudo
En la inflamada sombra alza dichoso
Como un manto imperial de luz de aurora.
Cual un pájaro loco en tanto ausente
En frágil rama y en menudas flores
De la mujer el alma travesea:
Noble furor enciende al sacerdote
Y a la insensata, contra el ara augusta
Como una copa de cristal rompiera:—
Pájaros, sólo pájaros: el alma
Su ardiente amor reserve al universo.

II

Vino hirviente es amor: del vaso afuera,
Echa, brillando al Sol, la alegre espuma:
Y en sus claras burbujas, desmayados
Cuerpos, rizosos niños, cenadores
Fragantes y amistosas alamedas
Y juguetones ciervos se retratan:
De joyas, de esmeraldas, de rubies,

De ónices y turquesas y del duro
Diamante al fuego eterno derretidos,
Se hace el vino satánico: Mañana
El vaso sin ventura que lo tuvo
Cual comido de hienas, y espantosa
Lava mordente se verá quemado.

III

Bien duerma, bien despierte, bien recline—
Aunque no lo reclino— bien de hinojos,
Ante un niño que juega el cuerpo doble
Que no se dobla a viles y a tiranos,
Siento que siempre estoy en pie: —si suelo
Cual del niño en los rizos suele el aire
Benigno, en los piadosos labios tristes
Dejar que vuele una sonrisa, —es fijo
Así, sépalo el mozo, así sonrén
Cuantos nobles y crédulos buscaron
El sol eterno en la belleza humana.
Sólo hay un vaso que la sed apague
De hermosura y amor: Naturaleza
Abrazos deleitosos, híbleos besos
A sus amantes pródiga regala.

IV

Para que el hombre los tallara, puso
El monte y el volcán Naturaleza,—
El mar, para que el hombre ver pudiese
Que era menor que su cerebro,— en horno
Igual, sol, aire y hombres elabora.
Porque los dome, el pecho al hombre inunda
Con pardos brutos y con torvas fieras.
¡Y el hombre, no alza el monte: no en el libre

Aire, ni en sol magnífico se trueca:
Y en sus manos sin honra, a las sensuales
Bestias del pecho el corazón ofrece:
A los pies de la esclava vencedora:
El hombre yace, deshonorado, muerto.

CRIN HIRSUTA

Que como crin hirsuta de espantado
Caballo que en los troncos secos mira
Garras y dientes de tremendo lobo,
Mi destrozado verso se levanta...?
Sí,; pero se levanta! —a la manera
Como cuando el puñal se hunde en el cuello
De la res, sube al cielo hilo de sangre:—
Sólo el amor, engendra melodías.

MANTILLA ANDALUZA

Por qué no acaba todo, ora que puedes
Amortajar mi cuerpo venturoso
Con tu mantilla, pálida andaluza!—
No me avergüenzo, no, de que me encuentren
Clavado el corazón con tu peineta!

Te vas! Como invisible escolta, surgen
Sobre sus tallos frescos, a seguirte
Mis jazmines sin manchas y mis claveles:
Te vas! Todos se van! y tú me miras,
Oh perla pura en flor, como quien echa

En honda copa joya resonante,—
Y a tus manos tendidas me abalanzo
Como a un cesto de frutas un sediento.

De la tierra mi espíritu levantas
Como el ave amorosa a su polluelo.

[CON UN ASTRO LA TIERRA SE ILUMINA]

Con un astro la tierra se ilumina:
Con el perfume de una flor se llenan
Los ámbitos inmensos: como vaga,
Misteriosa envoltura, una luz tenue
Naturaleza encubre, —y una imagen
Misma, del linde en que se acaba, brota
Entre el humano batallar. Silencio!
En el color, oscuridad! Enciende
El sol al pueblo bullicioso, y brilla
La blanca luz de luna! —En los ojos
La imagen va, —porque si fuera buscan
Del vaso herido la admirable esencia,
En haz de aromas a los ojos surge:—
Y si al peso del párpado obedecen,
Como flor que al plegar las alas plega
Consigo su perfume, en el solemne
Templo interior como lamento triste
La pálida figura se levanta!
Divino oficio!: el Universo entero,
Su forma sin perder, cobra la forma
De la mujer amada, y el esposo
Ausente, el cielo póstumo adivina
Por el casto dolor purificado.

VINO DE CHIANTI

Hay un derecho
Natural al amor: ¿reside acaso,
Chianti, en tu áspera gota, en tu mordente
Vino, que habla y engendra, o en la sabia
Unión de la hermosura y el deseo?
Cuanto es bello, ya es mío: no cortejo,
Ni engaño vil, ni mentiroso adulo:
De los menores es el amarillo
Oro que entre las rocas serpentea,
De los menores: para mí es el oro
Del vello rubio y de la piel trigueña.
Mi título al nacer puso en mi cuna,
El sol que al cielo consagró mi frente.
Yo sólo sé de amor. Tiemblo espantado
Cuando, como culebras, las pasiones
Del hombre envuelven tercas mi rodilla;
Ciñen mis muslos, y echan a mis alas,—
Lucha pueril, las lívidas cabezas:—
Por ellas tiemblo, no por mí, a mis alas
No llegarán jamás: antes las cubro
Para que ni las vean: el bochorno
Del hombre es mi bochorno: mis mejillas
Sufren de la maldad del Universo:
Loco es mi amor, y, como el sol; revienta
En luz, pinta la nube, alegra la onda,
Y con suave calor, como la amiga
Mano que al tigre tempestuoso aquietta,
Doma la sombra, y pálido difunde
Su beldad estelar en las negruzcas
Sirtes, tremendas abras, alevosos
Despeñaderos, donde el lobo atisba,
Arrojado en la noche, al que la espanta
Con el fulgor de su alba vestidura.

[DE MIS TRISTES ESTUDIOS...]

De mis tristes estudios, de mis sombras
Nauseabundas y bárbaras, resurjo
Lleno el pecho jovial de un amor loco
Por la mujer hermosa y la poesía:
¡Siempre juntas las dos! Dos ojos negros,
A mí, que no ando en cuerpos, o ando apenas,
Como una antorcha en las tinieblas, vuelven
A mi aterrado espíritu la vida:
¡Dos ojos negros, que entreví, pasando,
Ya hacia la noche, ante una puerta oscura!

[POR DIOS QUE CANSA]

Por Dios que cansa
Tanto poetín que su dolor de hormiga
Al Universo incalculable cuenta.—
¿Qué al mar, qué a los pilares de alabastro
Que sustentan la tierra, qué a las cumbres
Que echan el hombre al cielo, qué a la mole
Azul que enrubia el Sol, qué al orbe puro
Donde se extingue en pensamiento el hombre
Y el mundo acaba, acrisolado, en ala,
Qué al festín de los astros doler puede
Que porque a Francisquín prefriere Antonia
Un recio Capitán, Francisco llore?
Que engaña Antonia? ¡Antonia siempre engaña!

A trabajar! a iluminar! piqueta
Y pilón, astro y llama, y obelisco
De fuego, y guía al Sol, el verso sea!
Ya las mieles de amor llegan al cuello.

Con la mujer del brazo, ámese al hombre.
Quien pida amor ha de inspirar respeto.
Y si una pena bárbara, ceñuda,
Y vasta como el mar, te invade y come,
Muere, muere en silencio, como muere,
Sorbida por el mar, una montaña.

Julio 27/85

[TODO SOY CANAS YA...]

Todo soy canas ya, y aún no he sabido
Colmar mi corazón: como una copa
Sin vino, o cráneo [...], rechazo
La beldad insensata;— y el sentido
Ay! no lo es sin la beldad! El sumo
Sentido es la beldad: ¿en qué soñadas
Cárceles, nubes, rosas, joyas vive
La que me rinda el corazón y dome
Con doble encanto mi ansia de hermosura?
Con su bondad me obliga la que en vano
Quiere mi mente acompañar: la astuta
Que con ágil belleza y luces de oro
Llega volando, y en mis labios secos
Bebe la última miel, y en mis entrañas
Con el ala triunfante se abre un nido,—
Antes que el sol que me la trajo abroche
Su cinto rojo al mundo, antes que muera
El insecto que vive sólo un día,
Ya me enseñó la máscara, y la horrenda
Desnudez y flacura de los huesos.
Como vapor, como visión, como humo
Ya la beldad de las mujeres miro.
Velos de carne que el tablado esconden

Donde siega cabezas el verdugo
O al más alto postor, cual bestia en cueros
Vende el rematador la mercancía.
Feria es el mundo: aquélla en blando encaje
Como un cesto de perlas recogida;
Aquélla en sus cojines reclinada
Como un zafiro entre ópalos; aquélla
Donde el genio sublime resplandece
En el alma inmoral, cual vaga el fuego
Fatuo entre las hediondas sepulturas,
Ni fuego son, ni encaje, ni zafiro
Sino piara de cerdos.

¡Flor oscura,

A ti, para morir, el alma ansiosa
Tras sus jornadas negras se encamina!
Tú no te pintas, flor del campo, el rostro
Ni el corazón: no sepas, ay, no sepas
Que no aplacas mi sed, pero tu seno
Honrado es sólo de ampararme digno.
Mancha el vicio al poeta, o la locura
De amar lo vil: con la coraza entera
Ha de morir el hombre: me lastima
Ya la coraza!: endulza, novia, endulza
El dolor de dejarte: luego, luego
Será el festín: no ves que donde muere
El hueso nace el ala?: tú de estrellas
Sabes y de la muerte: tú en las ruinas
Reinas, flor de bondad, dulce señora
Del páramo candente, o el fragoso
Campo de lava en que el jardín expira!
En las luchas de amor las palmas rindo
A la virtud constante y silenciosa.

COPA CON ALAS

Una copa con alas: quién la ha visto
Antes que yo? Yo ayer la vi! Subía
Con lenta majestad, como quien vierte
Óleo sagrado: y a sus dulces bordes
Mis regalados labios apretaba:—
Ni una gota siquiera, ni una gota
Del bálsamo perdí que hubo en tu beso!

Tu cabeza de negra cabellera
—Te acuerdas?— con mi mano requería,
Porque de mí [tus] labios generosos
No se apartaran.— Blanda como el beso
Que a ti me transfundía, era la suave
Atmósfera en redor: la vida entera
Sentí que a mí abrazándote, abrazaba!
Perdí el mundo de vista, y sus ruidos,
Y su envidiosa y bárbara batalla!
Una copa en los aires ascendía
Y yo, en brazos no vistos reclinado
Tras ella, asido de sus dulces bordes
Por el espacio azul me remontaba!—

Oh amor, oh inmenso, oh acabado artista:
En rueda o riel funde el herrero el hierro:
Una flor o mujer o águila o ángel
En oro o plata el joyador cincela:
Tú sólo, sólo tú, sabes el modo
De reducir el Universo a un beso!

ÁRBOL DE MI ALMA

Como un ave que cruza el aire claro
Siento hacia mí venir tu pensamiento
Y acá en mi corazón hacer su nido.
Ábrese el alma en flor: tiemblan sus ramas
Como los labios frescos de un mancebo
En su primer abrazo a una hermosura:
Cuchichean las hojas: tal parecen
Lenguaraces obreras y envidiosas,
A la doncella de la casa rica
En preparar el tálamo ocupadas:
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo:
Todo lo triste cabe en él, y todo
Cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
De hojas secas, y polvo, y derruidas
Ramas lo limpio: bruño con cuidado
Cada hoja, y los tallos: de las flores
Los gusanos y el pétalo comido
Separo: oreo el césped en contorno
Y a recibirte, oh pájaro sin mancha!
Apresto el corazón enajenado!

LUZ DE LUNA

Esplendía su rostro: por los hombros
Rubias guedejas le colgaban: era
Una caricia su sonrisa: era
Ciego de nacimiento: parecía
Que veía: tras los párpados callados
Como un lago tranquilo el alma exenta
Del horror que en el mundo ven los ojos,
Sus apacibles aguas deslizaba:—
Tras los párpados blancos se veían

Aves de plata, estrellas voladoras,
En unas grutas pálidas los besos
Risueños disputándose la entrada
Y en el dorso de cisnes navegando
Del ciego fiel los pensamientos puros.

Como una rama en flor al sosegado
Río silvestre que hacia el mar camina,
Una afable mujer se asomó al ciego:
Tembló, encendióse, se cubrió de rosas,
Y las pálidas manos del amante
Besó cien veces, y llenó con ellas:—
En la misma guirnalda entrelazados
Pasan los dos la generosa vida:
Tan grandes son las flores, que a su sombra
Suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena un potro que husmeando
Campo y batalla, en el portal sujeto
Mira, como quien muerde, al amo duro,—
Así, rebelde a veces, tras sus ojos
El pobre ciego el alma sujetaba:—
—«Oh, si vieras! —los necios le decían
Que no han visto en sus almas —oh si vieras
Cuando sobre los trigos quemados,
Su ejército de rayos el sol lanza,
Cómo chispean, cómo relucen, como
Asta al aire, el hinchado campamento
Los cascos mueve y el plumón lustrosos.
Si vieras cómo el mar, roto y negruzco
La quilla al barco que lo hiende, lame
Y al bote humilde encumbra, vuelca y traga;
Si vieses, infeliz, cómo la tierra
Cuando la luna llena la ilumina
Desposada parece que en los aires
Buscando va, con planta perezosa,
La casa florecida de su amado.

—Ha de ser, ha de ser como quien toca
La cabeza de un niño!—

—Calla, ciego:
Es como asir en una flor la vida.»

De súbito vio el ciego; esta que esplende.
Dijéronle, es la luna: mira, mira
Qué mar de luz: abismos, ruinas, cuevas,
Todo por ella casto y blando luce
Como de noche el pecho de las tórtolas!
—Nada más? —dijo el ciego, y retornando
A su amada celosa los ya abiertos
Ojos, besóle la temblante mano
Humildemente, y díjole:
—No es nueva,
Para el que sabe amar, la luz de luna.

POÉTICA

La verdad quiere cetro. El verso mío
Puede, cual paje amable, ir por lujosas
Salas, de aroma vario y luces ricas,
Temblando enamorado en el cortejo
De una ilustre princesa, o gratas nieves
Repartiendo a las damas. De espadines
Sabe mi verso, y de jubón violeta
Y toca rubia, y calza acuchillada.
Sabe de vinos tibios y de amores
Mi verso montaraz; pero el silencio
Del verdadero amor, y la espesura
De la selva prolífica prefiere:
¡Cuál gusta del canario, cuál del águila!

[¡CABALLO DE BATALLA!]

I

¡Caballo de batalla!
Arnés brillante! caña fina! hinchados
Los belfos nuevos, como a olor de gloria!
¡Canta la tropa y los fusiles limpia
Sólo de ver pasar al buen caballo!—
Todo al redor de mí relampaguea:
¡Vengo de mi amor impuro!

II

¡Acémila encogida!
Que en botijín de cieno mal tostado
Su propia sangre estéril lleva al lomo!—
¡Rueda el fusil de mano de la tropa
Sólo al verlo pasar! gruñe, cojea,;
Todo, por donde cruza, es rota y silbo!
¡Vuelvo a mi amor impuro!

[EN MI PASO LIGERO...]

En mi paso ligero, en la premura
Con que a mi labio el pensamiento viene,
En esta generosa verba mía
Que hasta en callar estremeció al malvado
Y ora otra vez ardiente y libre corre,
En mi vigor y en mi ventura siento—
Que de tu impuro amor me he redimido—.
Pesa como una losa funeraria
Este amor sobre mí: yo a la pureza

Amo, y a nada más: mi amor no es puro.
¿Quién quiere ver cómo se come el pecho
Una llaga, y el cráneo, y sale afuera,
Y como manto de ignominia vivo
Cubre hasta el mismo polvo de la tumba?
¡Jamás beséis a una mujer besada!
Pudre ese beso la honra: quema el labio.
¡Va más allá del mundo un beso impuro!
—Y cuando al claro vuelo echa las alas
Entumidas el alma, como un búho
El mal amor se sienta sobre el ala.

[CÓMO ME HAS DE QUERER?...]]

Cómo me has de querer? como el animal
Que lleva en sí a sus hijos,
Como al santo en el ara envuelve el humo,
Como la luz del sol baña la tierra.
Que no puedes? Ya lo sé. De estrellas blancas
Amasándome están la novia mía;
Yo en mis entrañas tallaré una rosa
Y como quien engarza en plata una—
Mi corazón engarzaré en su seno:
Caeré a sus pies, inerme, como cae
Suelto el [león] a los pies de la hermosura
Y con mi cuerpo abrigaré sus plantas
Como olmo fecundo que alimenta
La raíz de su mal: mi planta humana,
Mi rosa en plata, mi mujer de estrella
Hacia mí tenderá las ramas pías
Y me alzaré, como cadáver indio
Me tendrá expuesto al sol, y de sus brazos
Me iré perdiendo en el azul del cielo.
¡Pues así muero yo de ser amado!

De *Versos sencillos*

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dio la jardinera.

La madre selva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!»

«Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo,
Porque están las catedrales.»

«Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón.»

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

IX*

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

* Esta composición —que la grande Gabriela Mistral, en su conocido (y clásico) estudio sobre *Versos sencillos*, valorara como «el poema más donoso y el de ritmo más cimbreante que se haya escrito en la América Latina»— constituye una fina idealización de la muerte, ocurrida en 1878, o sea, más de una década antes, de la joven guatemalteca María García Granados. De la delicadeza y del carácter del sentimiento que Martí le consagró a María García Granados,

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!

dan testimonio dos poemas, ambos titulados «María», que se leen en el tomo 17 de *OC*, y que podrán leerse también en la sección «Poemas escritos en México y Guatemala», de *PC*. En el primero de ellos —donde refiere: «[...] una gentil doncella, / Tan púdica, tan bella / Que se llama—¡María! // Versos me pide a la Amistad»— le dice: «Desempolvo el laúd, beso tu mano / Y a ti va alegre mi canción de hermano. / ¡Cuán otro el canto fuera / Si en hebras de tu trenza se tañera!»; y en la última estrofa del segundo poema aludiendo, Martí recuerda su condición de desterrado, y sostiene: «¡Oh! Cada vez que a la mujer hermosa / Con fraternal amor habla el proscrito, / Duerme soñando en la palmera airosa, / Novia del Sol en el ardiente Egipto.»

...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

XIII

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
Junto a la estufa apagada,
Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

XV

Vino el médico amarillo
A darme su medicina,
Con una mano cetrina
Y la otra mano al bolsillo:
¡Yo tengo allá en un rincón
Un médico que no manca
Con una mano muy blanca
Y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
El grave del repostero,
A preguntarme si quiero

O Málaga o Pajarete:
¡Díganle a la repostera
Que ha tanto tiempo no he visto,
Que me tenga un beso listo
Al entrar la primavera!

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el té.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
Da más luz al ojo moro:
Voy, desde entonces, envuelto
En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
Más ágil por la flor nueva,
No dice, como antes, «tumba»:
«Eva» dice: todo es «Eva».

Bajo, en lo oscuro, al temido
Raudal de la catarata:
¡Y brilla el iris, tendido
Sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
Pompa del monte irritado:
¡Y en el alma azul celeste
Brotó un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
A la laguna vecina:
Y entre las ramas la veo,
Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
Silba, escupe, y se resbala
Por su agujero: el clarín
Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
Donde vibra el Universo:
Vengo del sol, y al sol voy:
Soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca
Es hecho del oro oscuro
Que le sacó un hombre puro
Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
Le trajo en el pico ayer

Un relumbrante alfiler
De pasta y de similar.

Eva se prendió al oscuro
Talle el diamante embustero:
Y echó en el alfiletero
El alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos
Y lo mal puesto de un broche,
Pensé que estuviste anoche
Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
Te odié con odio de muerte:
Náusea me daba de verte
Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquila que vi
Sin saber cómo ni cuándo,
Sé que estuviste llorando
Toda la noche por mí.

XX

Mi amor del aire se azora;
Eva es rubia, falsa es Eva:
Viene una nube, y se lleva
Mi amor que gime y que llora.

Se lleva mi amor que llora
Esa nube que se va:
Eva me ha sido traidora:
¡Eva me consolará!

XXI

Ayer la vi en el salón
De los pintores, y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo: dormido
Al pie, el esposo rendido:
Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados:
Le cuelga el manto a los lados,
Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga:
Muy lejos, la casa amiga,
Muy triste y oscuro el cielo!...

¡Ésa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

XXXIII

De mi desdicha espantosa
Siento, oh estrellas, que muero:
Yo quiero vivir, yo quiero
Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
Le corona el rostro bello:
Brilla su negro cabello
Como un sable de Damasco.

¿Aquélla?... Pues pon la hiel
Del mundo entero en un haz,
Y tállala en cuerpo, y haz
Un alma entera de hiel!

¿Ésta?... Pues esta infeliz
Lleva esarpines rosados,
Y los labios colorados,
Y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita:
«¡Mujer, maldita mujer!»
¡No sé yo quién pueda ser
Entre las dos la maldita!

XXXV

¿Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás:
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!: y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Oscuras: di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XLII

En el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia, y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijo la mar borrascosa:

«¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
Yo guardo la perla triste.»

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
 Despacio la tendería,
 Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
 La oreja es obra divina
 De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
 Muy despacio la esparciera,
 Hilo por hilo la abriera.

SEGUNDA PARTE

Poemas dispersos

EL ÁNGEL

Ayer una voz del cielo
en mi pecho resonó:
—«¿Viste algún ángel en el triste suelo?»
y respondí que no.

Mas tarde te he conocido,
y al conocerte, te amé,
y en raudales de amor se han embebido
mi esperanza y mi fe.

También una voz del cielo
hoy ha resonado en mí:
—«¿Viste algún ángel en el triste suelo?»
¡y respondí que sí!

La Ilustración Española y Americana.
Madrid, 25 de diciembre de 1869.

[NOCHE. EN LA TIERRA DORMIDA]

Noche. En la tierra dormida
Y en el alma combatida
Y en el ser, y en el dolor.—
Noche, sombra, y en la frente
Claridad de lava hirviente
Que me quema el corazón.—

Tierra; tierra en cuanto alcanza
La mirada que se lanza
A las entrañas del ser
Y en el camino si apenas
Mezcla en sangre de sus venas
La sangre de una mujer.

No es que sufra: no es que llore:
No es que tema: no es que adore:
Es que no sé sufrir ya:
Y en la paz adormecida
Arrastrando voy la vida
Sin sufrir y sin llorar.

[¿1871-1874?]

[REDENCIÓN]

Mujer, mujer, en vano es que la vida
Sin ti vertiendo sangre de dolores
Como una virgen pálida y herida
La tierra cruce deshojando flores.

Mujer, en vano que la vida encienda
La abrasadora lengua de los sabios
Sin que este pobre corazón entienda
El lenguaje de amor vivo en tus labios.

Ni ser sin ser; ni noche sin aurora
Ni joven corazón sin bien amada
Ni sin ángel el ánimo que llora
Ni sin amor el alma enamorada

Mujeres son las lágrimas perdidas
De esas pobres estrellas amorosas
Que cruzan por el cielo de las vidas
Augurio y sombra de almas misteriosas.

Mujeres son las lágrimas lloradas
En el mundo de vírgenes creadoras
Que de su vil creación avergonzadas
El [p.i.] ablandan de las férreas horas;

Porque el tropel de lágrimas divinas
Sobre este mundo de las almas muertas
Levante las dormidas peregrinas
Al *resurrexit* del dolor despiertas!

En vano, en vano, que la vida loca
Contemple en sí cadáveres impresos
Mientras sin voluntad [p.i.]
El fuego redentor que arde en tus besos.

Sobre el horrible lecho de la calma
Mi descarnada mano reunía
Sin fuerza el brazo, sin amor el alma
El bárbaro laúd de la agonía.

Y mis enjutos ojos golpeaba
Y esta infame quietud que el alma obceca
En vano; en vano: el alma se me ahogaba,
La peña de Moisés estaba seca.

Cuanto fui; cuanto soy: cuanto se encierra
En esta alma en la tierra encadenada
Que rota por el peso de la tierra
Sin vivir ni morir vive enclavada,

Cuanto en mis horas de mayor locura
La locura de un Dios en mí germina
Y rompe el alma con audaz bravura
Su forma vil y mísera y mezquina.

Sueños, flores, ardor, infierno, mundo.
Cuanto forja al afán el devaneo,
Cuanto en el mar de la ansiedad profundo
Hierve luchando el hambre del deseo:—

Todo; todo, mi mano descarnada
Lo deja; vida, luz, mi sol, mi canto;
Por sentir mi mejilla calcinada
Por una gota mísera de llanto.

Una gota no más; gota encendida
En el volcán de un corazón potente,
Engendrado en el seno de mi vida
Por un rayo soberbio de mi frente.—

Y Dios! Y Dios! y en mí se condensaba
Y en mí lo redimido presentía
Si en mi rostro la lágrima cruzaba
Y la lágrima aquella no venía:
Y el alma se me ahogaba
Y abrasado de llanto me moría.—

Te vi: te amé: te vi sobre la [p.i.]
De [p.i.] tú; y al dulce peso
De tus amantes sueños de fortuna
En tus labios la flor se abrió en un beso.

Y nívea ya la blonda cabellera
Te he visto en oropéndola trocada
Aquella roja flor de primavera
En tus mejillas albas deshojada.

De nuevo alzar el alma valerosa
Y del materno amor fortalecida
Brazo a brazo arranca a la rugosa
Muerte fatal el hijo de tu vida.

Y cuando el sol de iluminar cansado
Su frente oculta en el azul del cielo,—
La frente vi del hombre fatigado
Y ocultábase en ti, luz de consuelo—

Y cuando vi que el alma en las mujeres
Es un germen vivífico de flores,
Ora se abre germinando seres,
Ora se cierra en acallar dolores,

Sentí que aquella lágrima esperada
Que dentro de mi ser se estremecía
Por mi mejilla pálida abrasada
Como brotar de redención corría.—

[¿1871-1874?]

SÍNTESIS

[Fragmentos]

Doce años, doce flores
En este, Inés gentil, nido de amores;
Doce años, doce vidas
En las almas al yugo férreo uncidas.
Doce años, doce puntos
En la vida feliz de los difuntos.

Pusiéronle una flor en los cabellos:
¡De vergüenza murió la flor en ellos!

¿Ves el césped al margen de los ríos?
Radiante de verdor: así a la margen
Del casto amor, los pensamientos míos.

.....
El alma universal dos hijos tuvo:
Cada ser en mitad viene a la tierra:
¡Así es toda la vida del humano
Buscar, siempre buscar su ser hermano!

Escucha. ¿La memoria
Es barbarie fatal, o cierta gloria?
—Memoria es un taller de la existencia
Que en sangre cobra el precio de su ciencia.

—¿Que me quieres? El brillo me lastima
De tus ardientes ojos encendidos!
—¿Que me olvidas? Ya laten presurosos,
Libres de la serpiente mis sentidos!

¿Viste jamás el sol de la Inglaterra?
¡Mísero sol inglés! Pretende en vano,

La bruma hendiendo, iluminar la tierra:
¡El espíritu humano
Lucha así con la cárcel que lo encierra!
El sol, globo sin rayos encendido
Por la cólera luce enrojecido:
¡Como la bruma al sol inglés airado,
El cuerpo para el hombre aprisionado!

Raro suceso! ¡Extraña simpatía
Del hombre, el sol y el año!
Principió de aquel hombre la agonía
En medio del crepúsculo de un día
Del octubre pluvial; ¡suceso extraño!
¡Cayendo al par en grave sepultura
El año, el sol, la frágil envoltura!

Oscuros, pesarosos y sombríos
Hallas, al verlos hoy, los ojos míos:
¡Ay! cuando se copiaban, presentían
Que alguna vez de verte dejarían!

España,—1873.

Revista Universal.

México, 29 de agosto de 1875.

SIN AMORES

I

¿Que cante? Espera, espera todavía!
Yo vivo sin amor: ¿quién sin amores
Su soledad doliente cantaría?
Alma sin besos, sol sin esplendores.

Si me quisieras tú! Pero amo tanto
Que, aún queriéndome tú, perdón si creo
Que un límite de amor no diera encanto
A la grave ambición de mi deseo.

Tu amor no es el amor! Amor de tierra
Dentro la cárcel corporal se encierra!
Hay otro, hay otro más: ése no acaba,
Ni en la corpórea seducción se graba,

Ni en un mísero cuerpo se limita:
¡Amor extraterreno!
¡Allá el Padre Creador sabe su seno!
¡Allá me sé yo bien dónde palpita!

Pero también ¡si vieras
Cómo forjo yo en ti dulces quimeras!
Vivir es una culpa: en ti yo un día
Olvidado de culpas viviría!

II

He sido. La memoria,
Dócil al fin un hora a la ventura,
Me dice los secretos de esa gloria
Un tiempo habida, eterna en cuanto pura.

Eternidades tiene la Pureza:
Ella eterna, yo eterno, eterno todo,
Desde el rayo que enciendo en mi cabeza
Hasta el átomo mísero de lodo!

Buena senda, buen lecho, buena alfombra
De la vida el amor: ¡cuán bella sombra,
El sueño breve del amar de un día
Que muerto ya caliente todavía!

III

¡Oh, luz pura de amor, casta delicia
Por mi pobre dolor tan bien gozada
Que la pálida hoguera abandonada
Aún lanza, aún acaricia
De vida su postrera llamarada!
¡Oh, cuán triste verdad que en las memorias
Fugaces del amor,—en que el olvido
Con repugnante página de cieno
Del pecho de la muerte recogido,
Cierra tantas bellísimas historias
De cielo azul y resbalar sereno,—
Entre tanto galán y tanto amante
Es el dolor el único constante!
¡Ella y yo, ser y ser, ráfagas idas
De aquella luz más blanca que las nieves
Que de la tierra vil compadecidas
Llorando cubren las espaldas leves!
Ida! ¡la que amó tanto aquel destello
Del claro sol, que fecundó en su falda
Jardines que adornaron su cabello,
Uno cabe su seno, otro más bello
De flores de oro en su desnuda espalda!

Ida! En cuántos crepúsculos hermosos,
De gérmenes de amor llené sus labios
Más rojos que el coral, y más sabrosos
Que las paces después de los agravios!
Y ¡cuál soñé de paz en el caliente
Seno de mi doncella enamorada,
Más puro que los lirios de su frente
De su mismo calor ruborizada!
¡Y allá en su pensamiento, cuántas horas!
¡Y aquí, ¡cuántas vacías!
¡Y allá en la soledad, cuántas auroras
De indefinible luz, y cuántos días
Sin noche y sin mañana,
Principio y colmo de la dicha humana!

¡Oh, cómo la quería!
Le dije adiós: morí desde aquel día!

IV

Amor: ¡es más que amar! ¡Aún se ama, luego
Que se ha apagado de la vida el fuego!

Se ama cuando en el ser fortalecido
Por besos de mujer, el Sol se enciende;
Cuando en cielos de paz, la luna splende;
Cuando en el corazón está dormido
De dolor el dolor, que, a veces, tanto
Sufre mi corazón que llora el llanto,
Y hasta el dolor se siente adolorido!
Y cuando en brazos de la muerte hermosa,
De la humana existencia la medida
Dicen los miserables que reposa
Y sé yo que prosigue allí la vida,
El musgo, la oropéndola, las flores

Que brotan de esta tierra, nunca fría,
Son besos, son suspiros, son amores:
Muertos que están amando todavía!

México, 9 de Marzo de 1875.

Revista Universal.

México, 14 de marzo de 1875.

[NI LA ENAMORO YO PARA ESTA VIDA]*

Ni la enamoro yo para esta vida:—
Es que a unas horas por la senda andamos,
Y entre besos y lágrimas, hablamos
Del instante común de la partida!

*

Nos iremos los dos: no sé de cierto
Quién primero ha de ser el vivo muerto;
Pero, allá en los umbrales,
Si yo, yo espero; si ella, ella me aguarda
Y, así, más fuerte hará nuestros rivales
Amores, el amor a lo que tarda.—

* En nota de *PC*, para la cual se contó con una reproducción facsimilar de los originales de este poema, se dice que fue «escrito en el álbum de Rosario de la Peña Llerena, en cuya casa se reunían las más prestigiosas figuras de la intelectualidad mexicana de la época. Martí le dedicó un retrato suyo con las siguientes palabras: “Rosario / La lealísima [sic] amiga, / Su amigo cariñoso, / José Martí. / Méx. 76.”». A la destinataria está dirigido también el otro poema que sigue en el presente volumen.

*

Fácil: —mortal. El punto más amado
Entre los puntos que el amor encierra
Es lo Imposible, ¡el fuego aún no apagado
De este mi corazón opreso en tierra!

*

Mujeres: —cuando el labio—
Trémulo y rojo y suspendiendo un beso,
En perdón de una culpa o de un agravio
A punto esté de parecer impreso;—
Aunque el alma con llanto lo pedía,
Aunque enrojezcan lágrimas los ojos,
Que lloren —¡oh poesía!—
¿A qué trocar el oro por despojos?
¡Beso no dado, es beso todavía!

*

¡Colgadlo, suspendedlo;
Haced —¡oh bien!—que sobre el labio vague,
Pero nunca lo deis! oh criaturas
Del homicida Amor! —¡que nunca apague
El débil resonar de un beso dado
El ruido celestial de uno esperado!—

*

Esperar es vivir; tener es muerte.—
Verte es amor ¡oh dueña de mi vida!
Pero, ¡más fuera amor no poder verte!—
Debilísimo sol, la ansia cumplida.—

*

¡Qué suave andar, qué blando movimiento
El de un beso que vaga en el espacio,
Y a nuestro labio seco y avariento
Girando llega, espacio, muy despacio!—

*

¡Qué beso tan cumplido
Un beso largo tiempo prometido!

*

La boca que nos besa,
Besándonos está desde el instante
Que suspendió a sus labios la promesa,
Y el pobre corazón sobresaltado
Imagina en su amor que lo han besado!—

*

Y, acaso, ¿quién sostiene
Que aquello que se sueña, no se tiene?
¡Pues tiénese más puro,
Sin el dolor de realidad que afea,
Sin ese peso de la Carne duro
Que la infame atmósfera sombrea!

*

¡Oh, sueño, mi riqueza!—
¡Hermano amante mío,
Y lecho de mi férvida cabeza!—
¡Piedad de amor para mi ser impío!—
¡Oh, sueño, tú eres bueno:
Ni sangre vi, ni lodo vi en tu seno!

*

¡Qué placer es pensar! Y ¡qué ventura
Soñar de una mujer la sombra pura!
Y ¡cuántas, cuántas horas
Cuyos males con sombra llevo impresos,
¡Cuántas me han sorprendido las auroras,
Soñando labios y esperando besos!

*

¡Oh, deja que me acuerde! Vete y deja
Que ame más que a tu amor, a tu memoria,
Que un bien probable, cierto se refleja
Y una gloria en el aire es también gloria!

*

¿Quién sabe si a tu lado
Sintiera yo el dolor de un beso dado,—
Cuando lejano Allá, dicha suprema,
Cuando logrado, logro que nos quema?

*

¡Oh, déjame, mujer! —Yo sé cuál riza
Los labios del amante la amargura,
Cuando un beso en sus labios se desliza,
Rayo menos de estrella menos pura!

*

¡Yo sé cómo lloraba
Un hombre porque un ángel lo besaba!—
¡Yo sé el avergonzar, yo sé el momento‘
En que en las ondas férvidas de un alma,

El cieno del placer manchó una palma,
Y un beso se trocó en remordimiento!—

*

Adiós.—Aquí me llaman
A la tierra la vida y la faena:—
¡Oh, bésame después! —En los que aman
Un beso pronto angustia como pena:
Exalta, llora, irrita,
De la vergüenza entre los brazos llora,
Y en pensamientos de olvidar se agita,
Y en pensamientos de morir devora!—

*

¡Qué beso tan cumplido
Un beso largo tiempo prometido!

27 Marzo.—[1875]

[ROSARIO]

Rosario,

En ti pensaba, en tus cabellos
Que el mundo de la sombra envidiaría,
Y puse un punto de mi vida en ellos
Y quise yo soñar que tú eras mía.

Ando yo por la tierra con los ojos
Alzados —¡oh, mi afán!— a tanta altura
Que en ira altiva o míseros sonrojos
Encendiólos la humana criatura.

Vivir:— Saber morir; así me aqueja
Este infausto buscar, este bien fiero,
Y todo el Ser en mi alma se refleja,
Y buscando sin fe, de fe me muero!

29 Marzo [1875]

SIN AMORES

Amada, adiós. En horas de ventura
Mi mano habló de amores con tu mano:
Amarte quise ¡oh ánima sin cura
Ni derecho al amor! Para tu hermano
Aún sobra altivo entre mis venas fuego,
Y para amante, apenas
La sangre bulle en mis dormidas venas.

*

¡Oh, yo no sé! La tarde enajenada
En que al mirarnos, de una vez nos vimos,
Amado me sentí, tú fuiste amada,
Y callamos, y todo lo dijimos.—
Después ¿lo sabes tú?—Vuelta del sueño
El alma en su descanso sorprendida,
Alzóse en mí contra el gallardo dueño
Por la temprana esclavitud herida;
Y mísera, y llorando,
Esta infeliz de amores se me muere,
Y por lo mismo que la estás amando,
Por lo mismo esta loca no te quiere!

Oh! No me pidas que comprima el llanto
 De soledad que ante tus ojos vierto:
 Si solo estoy, de mi orfandad me espanto,
 Pero a mentir, ni para amarte—acierto!

Y llorarás:— yo sé cómo pusiste
 En el soñado altar tempranas flores:—
 Y triste quedas:—pero yo más triste
 De amores vivo y muerto sin amores.

Amarte quise. Peregrino ciego
 Yo sé el amor al cabo del camino,
 Mas ¡cómo en tanto devorando el fuego
 El alma va del pobre peregrino!—

Engaño,—infamia. Si en tu amor pusiera
 Un punto solo de una vil mentira,
 Vergüenza al punto de mentir rompiera
 La cuerda audaz de la cobarde lira!

Si brusco soy, si de soberbia herido,
 Te hiero a ti, ni mi perdón te imploro:
 Vencí otra vez; yo quiero ser vencido,
 Y en busca aquí de quien me venza, lloro!

Perdón, perdón! Yo puse en mis miradas
 El fuego extraño de la patria mía,
 Allá donde la vida en alboradas
 Perpetuas se abre al palpitar del día:—

Perdón! no supe que una vez surcado
 Un corazón por el amor de un hombre,
 Ido el amor, el seno ensangrentado
 Doliendo queda de un dolor sin nombre:—

Perdón, perdón! porque en aquel instante
En que quise soñar que te quería,
Olvidé por tu mal que cada amante
Pone en el corazón su gota fría!

Y, si es verdad que, de su bien cansado,
No te ama ya mi corazón, perdona,
En gracia al menos por haberte amado,
Este adiós que a la nada me abandona!—

¡Oh, pobre ánima mía,
Quemada al fuego de su propio día!—

México, 17 de Abril de 1875.

Revista Universal.

México, 18 de abril de 1875.

SÍNTESIS

I

Yo iría, sí,—yo iría
A ese cuerpo gentil, pero ¿quién sabe
Si he de encontrar en él un alma fría?
¡Que ese fácil amor otro se lleve!—
Amar a un cuerpo es sepultarse en nieve!

II

Lo abstracto es la verdad, y lo concreto
Es la traba del alma, y lo anchuroso
Es el movable punto de reposo
Para el corcel de la existencia inquieto!

III

El alma universal dos hijos tuvo,
Cada ser en mitad viene a la tierra:
¡Así es toda la vida del humano
Buscar, siempre buscar, su ser hermano!

IV

Hay frío: mi dolor.—El sol despierta:
Un alma de mujer llama a mi puerta.

V

Espera, que ha caído
Una flor de tu pecho, Rosalía.
—Marchita está la flor; ¿cómo habrá sido?
¡La pobre flor de envidia se moría!

VI

¡Oh, la niña purísima y gallarda!
¡No ve que hasta la reja
Se agita, y se me queja,
Desesperada ya por lo que tarda!

VII

Hermosa tú, yo joven; pues ¿la vida
Es algo más que el punto en que se olvida?

Revista Universal.

México, 25 de abril de 1875.

HASCHISCH

Arabia:—tierra altiva
Sólo del sol y del harem cautiva.

Cuando la infame Tierra abre su seno
Al árabe, engendrado
De ardiente arena y sol enamorado,
Y el seno, de miserias viles lleno,
Fango sangriento al árabe ha mostrado,
Lo eterno anhela, el árabe suspira,
Los ojos cierra a la verdad, y llora
Dulce llanto de amor a la mentira,
Y el alma ardiente de la tierra mora
Duerme para vivir, pues—viva—la ira
En su pecho más loca se levanta
Que la idea de amor en sus mujeres
Y el canto de pasión en su garganta.

¡Amor de mujer árabe!—La ardiente
Sed del mismo Don Juan, se apagaría
En un árabe amor, en una frente
De que el negro cabello se desvía,
Como que ansia de amor eterno siente,
Y a saciarnos de amor nos desafía!—

¡Oh! viven en aquellas
Magníficas doncellas,
Las trovas no escuchadas,
Las horas no sentidas,

Y lágrimas de amor aún no lloradas,
Y fuentes de hondo amor aún no sabidas;—
En ellas, las huríes,
Por cada rayo de su sol un beso
Con sabor de azahar y de alelíes;—
Y en ellas, lo imposible
De una hoguera de luz nunca extingüible!

La vida es el amor—donde la tierra
Por los solares besos fecundada,
Pensiles ha por hijos, en que encierra
La fragancia y la luz de una alborada;—
La vida es el amor—donde de amores
Del libio sol y arábigas arenas,
Hasta el desierto mismo nacen flores
Con palmas leves de murmullo llenas;—
Y allí donde si el sol desapareciera
Del beso de una hurí renacería,
Prendida de jo el alma pasajera
Y la vida es amor:—¡Oh! ¡quién pudiera
De una mora el amor gozar un día!

No es estatua de lángüida figura
El alma de un poeta:
Es un sol de dolor: alma sin cura
De universal enfermedad secreta:—
En sí tiene el hervor, en sí esta fiera
Ansia que un beso incomparable invoca
Que, dado en una vez, arda en su boca
Mas allá de las horas en que muera:—

¡Oh! pobre alma dormida
Sin este beso eterno sacudida!

Una árabe que besa
Es labio de mujer, donde nos cumple
La eternidad al fin una promesa:—

¡Oh! si mis labios pálidos rozara
una arábica boca, donde arde
Cuando se imprime, el fuego del Sahara,
Mientras no es ida, el fuego de la tarde;—

Si esta mejilla sin color,—hundida
Al espantoso beso
Que con los huesos de su boca, impreso
En cara y corazón deja la vida,—

Si este espíritu luz enamorado
Del armónico amor, en mí sintiera
Ese beso de una árabe, engendrado
Al fecundo calor de una quimera;—

Si el alma de una mora, al hierro impío
Del tiránico afán encadenada,
Viniera a calentar el pecho mío,
Y dejara en mi boca fatigada
Un beso como el fuego del Estío,
Largo como el dolor de esta jornada,—

Yo no sé qué dulcísima ternura
Este árido cerebro llenaría;
Yo no sé qué colores esta oscura
Virgen de mi alma casta vestiría;
Qué luz como esta luz—¡oh, qué ventura
De una mora el amor gozar un día!

—

Chimenea encendida
Al frío corporal vuelve la vida:

¡También de un beso al fuego,
El muerto de vivir, renace luego!

Nadie sabe el secreto misterioso
De un beso de mujer: yo lo he sabido
En un arrobamiento luminoso
Extra-tierra, extra-humano, extra-vivido.

Cuando todo lo férvido dormita,
Cuando todo lo imbécil gigantea,
Cuando la languidez sólo se agita
Y por nuestra alma mísera pasea,—
Hay algo más hermoso que una noche
De Enero de mi patria en las llanuras;—
Más dulce que un dulcísimo reproche
Lleno de confusión y de locuras,
Con que un trémulo labio
Culpa y perdona su amoroso agravio;—
Hay algo como en sueños
Nos pareció escuchar, algo que ha sido
Verdad, aunque fue sueño, porque deja
Partida la verdad, cierto el sonido,—
Un rayo que refleja
Muy suave claridad,—una dulzura
Que todos nuestros átomos orea,
Y una especie de aroma de ternura
Que sobre nuestros labios titubea!—

Un beso de mujer!—Pues ¿cómo ha sido?
Todo lo venturoso ha renacido,
La redención espléndida amanece,
Esénciase el cadáver, y en el punto

Hermano siglo y siglo de un difunto,
O me engaño—¡oh ventura!—o me parece
Que do el difunto fue, la yerba crece!

Un beso de mujer!—Yo lo he sabido
En un muy dulce instante extra-vivido.—

El árabe, si llora,
Al fantástico *haschisch* consuelo implora.
El *haschisch* es la planta misteriosa,
Fantástica poetisa de la tierra:
Sabe las sombras de una noche hermosa
Y canta y pinta cuanto en ella encierra.—

El ido trovador toma su lira:
El árabe indolente *haschisch* aspira.

Y el árabe hace bien, porque esta planta
Se aspira, aroma, narcotiza, y canta.

Y el moro está dormido,
Y el *haschisch* va cantando,
Y el sueño va dejando
Armonías celestes en su oído.

Muchos cielos ha el árabe, y en todos,
En todos hay amor,—pues sin amores,
¿Qué azul diafanidad tuviera un cielo?
¿Qué espléndido color las tristes flores?

Y el buen *haschisch* lo sabe,
Y no entona jamás cántico grave.

Fiesta hace en el cerebro,
Despierta en él imágenes galanas;

Él pinta de un arroyo el blando quiebro,
Él conoce el cantar de las mañanas,
Y esta arábiga planta trovadora
No gime, no entristece, nunca llora;
Sabe el misterio del azul del cielo,
Sabe el murmullo del inquieto río,
Sabe estrellas y luz, sabe consuelo,
¡Sabe la eternidad, corazón mío!

El árabe es un sabio:
Cobra a la tierra el terrenal agravio.

Y en tanto,—el encendido
Vigor de este mi espíritu potente,
Me quema en mí y esclavo y oprimido
Tormenta rompe en la rebelde frente:—

Y en tanto—de mi espíritu el deseo
De aquello lo invisible se enamora,
Y se abrasa en mí mismo, y me devora
Buitre a la vez que altivo Prometeo!—

Amor de mujer árabe! despierta
Esta mi cárcel miserable muerta:
Tu frente por sobre mi frente loca:
¡Oh beso de mujer, llama a mi puerta!
¡*Haschisch* de mi dolor, ven a mi boca!

México,—Marzo.

Revista Universal.
México, 1º de junio de 1875.

SIN AMORES

Llorando el corazón, llorando tanto
Que no veo el papel en que te escribo,
Aquí te voy diciendo
Que ya me estoy muriendo
De tanto como vivo!

Ni tú, ni tú que con tus manos blancas
Apretaste las iras en mi frente,
Que tal me palpitaban
Que casi se saltaban
Del círculo candente;

Ni tú devuelves el calor perdido
Al ser amante que en mí mismo yace,
Yo cumplo mi condena;
Ésta es del vivo pena:
Ni muérese ni nace.

Aquello que se sueña, no se tiene
En lo que el triste humano a haber alcanza;
Y para más tormento
Locura es el invento
Humano de esperanza.

Esperan los que viven bien hallados:
El torpe espera, espera bien el ciego:
¡Yo floto, abandonado
En este mar helado,
Sin ondas y sin fuego!

Y creo, yo sí creo; pero vive
Tan lejana y tan alta mi creencia
Que dejo, peregrino,
Más sangre en el camino
Que hay luz en mi conciencia!

Y besabas tú bien: yo hago memoria
De aquel beso apretado de aquel día:
Fue largo: nos dormimos
Y, cuando en nos volvimos,
Duraba todavía!

Te quiero, algo te quiero: y cuando fueras
En mis recuerdos por indigna un peso,
Quisiérate, alma bella,
Por nuestra noche aquella,
Por nuestro largo beso!

Pero es ley de la vida la fatiga,
Y se nos cansa pronto la memoria;
Fatiga haber amado;
Fatiga haber llorado;
Nos cansa la victoria.

Si quieres que te ame, yo te diese
Mi amor que, amado tanto, aún no despierta;
Moléstanme amoríos,
Serviles desvaríos
De un alma medio muerta:

El cuerpo me sacude y enamora
Y pálida de amor el alma llevo;
Yo quiero,—¡oh fin de males!—
Con labios nunca iguales
Un beso siempre nuevo!

Junio 12 de 1875.

Revista Universal.
México, 13 de junio de 1875.

FLOR BLANCA

Los ojos puros, la mirada inquieta,
La mejilla caliente y encendida:
Así a la virgen esperó el poeta
Con un sueño más largo que una vida.

Mi amor, mi puro amor ¿a quién has visto
Que así en el fondo de mi ser despiertas?
Tiene aroma la atmósfera en que existo
Y el árbol de mi amor flores abiertas.

Leño fue un tiempo en que el dolor ponía
Color de sombra en la infecunda rama,
Y el pardo tronco al aire repetía:
«¡Cómo está muerto el infeliz que no ama!»

Y ¡visten hojas aquel tronco oscuro!
Y ¡el pardo leño brilla y reverdece!
Y hay luz, hay luz en el espíritu puro,
Y en la noche de mi alma me amanece!

Ornaste, amor, los castos atavíos
De la gentil mañana en mes de flores,
Y esclavo ya feliz de sus amores,
Sus besos buscas en los labios míos.

Yo amaba, amaba mucho: parecía
Señor mi ser de los gallardos seres:
Toda bella mujer soñaba mía;
¡Cuánto es bello soñar con las mujeres!

Que viví sin amor, fuera mentira:
Todo espíritu vive enamorado:
El alma joven nuevo amor suspira:
Aman los viejos por haber amado.

Tal es amor, que cuando nace enciende
Luz que convida a imaginar la gloria,
Y muere, y suave claridad esplende
Que baja del cadáver la memoria.

Se sueña que el espíritu intranquilo
Tuvo de alzarse de la tierra intento,
Y con su amada de la mano, asilo
Se fue a buscar al ancho firmamento.

Vida es morir: lo sienten estos años
De la cansada tierra en que vivimos,
Y andan los hombres ciegos, como extraños:
Locos somos buscando lo que fuimos.

Mucho duele el vivir, mas hay un duelo
Mayor que vida: nuestra vida sola!
¿No se buscan las nubes en el cielo?
¿No se enlaza en el mar ola con ola?

Y cuando al pie de las musgosas rejas,
Sin dueño mueren las dolientes flores,
¿No vienen, amor mío, las abejas,
Sembrando germen y zumbando amores?

Ola, nube, flor, reja, cuanto alcanza
La humana vida, sueña amor y espera:
Nace un hombre; lo aguarda la Esperanza,
Y camina a su lado hasta que muera.

Se anda, se llora, el pecho está oprimido;
Y la mirada al cielo se extravía:
La esperanza en la tierra se ha perdido
Y se espera en el cielo todavía!

Pues qué ¿me muero yo? Si yo concibo
La inmensa eternidad que no perece,
No muero nunca: eternamente vivo:
Yo sé bien dónde el Sol nunca anochece.

Pero andar, ir sin fe, sin criatura
Que sostenga al mirar, nuestra cabeza,
Con manos blancas, con el alma pura,
Anuncio humano de inmortal belleza;—

Vagar cayendo; sobre el hombro herido
Doblar sin fuerzas el cansado cuello,
Y no tener un corazón querido
Ni una mano que juegue en el cabello!—

Es el tormento de vivir, la suma
De mal mayor e insoportable unida:
¡Nube sin ámbar! ¡ola sin espuma!
El amor es la excusa de la vida!

Tú eres la virgen: virgen en la frente
Por sólo el beso paternal sellada,
Y para el riego de mi amor potente
Entre los velos del pudor guardada;

Virgen sin huella del cansancio humano;
Virgen sin mancha de impudor ni hastío,
Que abierta llevas en la casta mano
La blanca flor que ansiaba el amor mío.

¿Y te vas? ¿no me quieres? ¿y te enojas?
¡Espera! ¡Espera siempre! ¿quién arranca
A quien ha visto tanta flor sin hojas,
La memoria feliz de una flor blanca?

Horas de amar, mi virgen: ¡cuántas horas
De males que en el alma llevo impresos,

¡Cuántas! me han sorprendido las auroras
Soñando labios y esperando besos!

Y es este noble amor: cuando tu boca
Buscara enferma de deseo la mía,
Con ira de mi ser te apartaría:
Odio el amor que enciende y que provoca!

Te amo, porque no existe en ti la huella
De impuro ardor, ni el corazón te hiere
La costumbre de amar que en la doncella
Aventura infeliz a amor prefiere:—

Te amo, porque la vida se levanta
Con el suave calor de tu alma nueva,
Y todo el himno vibra en mi garganta,
Y el pardo leño en flores se renueva:—

Te amo, porque los besos del paterno
Afán palpitan en tu frente bella:
No más que el puro amor es bien eterno!
¡Feliz, virgen de amor! ¡feliz aquella

De sueños castos y pudor dichoso,
Que comprimió los palpitanes besos,
Para dejarlos con el alma impresos
En los honrados labios del esposo!—

—

Estando en esto, de un hermoso sueño
Que un hombre pobre sin querer tenía,
Mostróle un duende de arrugado ceño
La luz muriendo y la pared vacía

—«¡Oye, infeliz: cuando en la tierra nace
Un hombre imbécil que solloza y sueña,

Se le muestra esa luz que se deshace
Y esa pared desnuda se le enseña!

Bueno es con sueños adornar la vida;
Mas, ¿tienes tú para soñar derecho?
¿Tu tierra acaso está en tu ser dormida?
¿El hambre acaso no te muerde el pecho?

Cuando el hambre se sienta a nuestro lado,
Y la miseria las paredes moja,
La luz se apaga, el cielo está cerrado,
Y muere la flor blanca hoja por hoja.

Así, infeliz, si amores te sonríen
Y sombras de mujer te desvanecen,
La luz y la pared de ti se ríen:
Los astros ante ti desaparecen.»—

Fuese el duende: la lámpara extinguida
No alumbra al triste que soñaba besos,
Y ya no queda al joven de la vida
Más que un frío terrible entre los huesos:

Pero volvió las pálidas miradas,
De aquel duende fatal buscando huella,
Y al través de las piedras agrietadas,
En el fondo del cielo vio una estrella!

México, 26 de Junio de 1875.

Revista Universal.
México, 27 de junio de 1875.

VERSOS

I

¡Oh, mi vida que en la cumbre
Del Ajusco hogar buscó,
Y tan fría se moría
Que en la cumbre halló calor!

¡Oh, los ojos de la virgen
Que me vieron una vez,
Y mi vida estremecida
En la cumbre volvió a arder!

II

Entró la niña en el bosque
Del brazo de su galán,
Y se oyó un beso; otro beso,
Y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo;
Salió al fin el galán:
Se oyó un sollozo, un sollozo,
Y después no se oyó más.

III

En la falda del Turquino
La esmeralda del camino
Los incita a descansar:
El amante campesino
En la falda del Turquino
Canta bien y sabe amar.

Guajirilla ruborosa:
La mejilla tinta en rosa
Bien pudiera denunciar,
Que en la plática sabrosa,
Guajirilla ruborosa,
Callar fue mejor que hablar.

IV

Allá en la sombría,
Solemne Alameda,
Un ruido que pasa,
Una hoja que rueda,
Parece un malvado
Gigante que alzado
El brazo le estruja,
La mano le oprime,
Y el cuello le estrecha,
Y el alma le pide.—
Y es ruido que pasa,
Y es hoja que rueda,
Allá en la sombría,
Callada, vacía,
Solemne Alameda.

V

—¡Un beso!
—¡Espera!
 Aquel día
Al despedirse se amaron.

—¡Un beso!
—¡Toma!
 Aquel día
Al despedirse lloraron.

VI

La del pañuelo de rosa,
La de los ojos muy negros,
No hay negro como sus ojos
Ni rosa cual tu pañuelo.

La de promesa vendida,
La de los ojos tan negros,
Más negras son que tus ojos
Las promesas de tu pecho.

VII

—¿Ése?
—Está muerto.
—¿Vive?
—Anda vivo.
—¡Sacúdelo! —En verdad que no se mueve:
La vida sin amor es muerte y nieve.
—Un beso.
—¡Está despierto!
—¡Yo te amo!
—¡Cuán altivo!
El alma siente palpitar robusta;
¡Oh, ley de amor generadora y justa!

VIII

De tela blanca y rosada
Tiene Rosa un delantal,
Y a la margen de la puerta,
Casi casi en el umbral,
Un rosal de rosas blancas
Y de rojas un rosal.

Una hermana tiene Rosa
Que tres años besó abril,
Y le piden rojas flores
Y la niña va al pensil,
Y al rosal de rosas blancas
Blancas rosas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa
Que a las rojas nunca va,
Cuando Rosa juega y vuelve
En el juego el delantal,
Si ve el blanco abraza a Rosa,
Si ve el rojo da en llorar.

Y si pasa caprichosa
Por delante del rosal
Flores blancas pone Rosa
En el blanco delantal.

Revista Universal.
México, 1º de agosto de 1875.

LA VI AYER: LA VI HOY

Así, niña querida,—de manera
Que lentamente el corazón se inflame,
Y ya tu imagen en mi amor no muera,
Aunque ha ya mucho tiempo que te ame.

Lento, lento,—de modo, niña mía,
Que cada sol me traiga una mirada,
Y más te quiera yo con cada día,
Y guarde tanta aurora acumulada,

Que henchido al cabo el corazón de flores,
Y repleta de luz el alma bella,
Haya al fin una aurora toda amores,
Y una vívida lumbre toda estrella.

*
* *

¿Me quieres?—Buen placer: placer extraño
Que hace fiesta en el pecho en que se anida,
Y vale por una hora todo un año,
Y por un año—más, más de una vida.

Es puro, es armonioso, es un anhelo
En que un temor divino se acaricia,
Y es un cielo soñar que se va el cielo,
Y aumenta el sobresalto la delicia.

Y a besos tardos y a rubores gusta
Esta alma fiera, y más que fiera, avara,
El placer de adornar la fe robusta
Con la flor del rubor de un alma clara.

*
* *

Así, mi niña pura,—de manera
Que en la sombra en que es fuerza que yo viva,
Viva a mi lado y a mi lado muera
Tu sombra amante, eterna, fugitiva.

Yo busco, yo persigo, yo reboso
Fuerza de amor, que de mi forma vierto:
Vivo extra-mí; mi cuerpo sin reposo,
Vertido ya el amor, es cuerpo muerto.

Vaga en mi torno: siéntolo y palpita
A cada forma de mujer que pasa,
Y cada vez que esta alma se me agita
El solitario cuerpo se me abrasa.

Y cómo ¡oh niña hermosa! me conmueve
Cada imagen de amor! ¡cómo este exceso
De afán se agranda cuando a una hoja leve,
Las brisas tocan y se dan un beso!

*
* *

Este amor, esta atmósfera, esta vaga
Vida que en mí rebosa y me rodea,
Sueña siempre otra vida que la halaga
Y en espacios magníficos pasea.

Es pura, tierna, delicada, hermosa:
Líneas tiene perdidas en un vago
Redor de sombra opaca y nebulosa,—
Dama gentil del adormido Lago.

No sé el instante en que a la tierra toca:
Su blanca falda sobre nubes veo,
Y lleva siempre en la plegada boca
Prendido el beso blanco que deseo.

Los ojos cierro, y ante mí la miro:
La mano extendiendo, y en la sombra oscura,
Se esconde, se dilata,—y un suspiro
Lleva a la sombra un sueño de ventura.

Y así, mi niña, eternamente andamos,
Ella hundiéndose en sombra y yo tras ella,

Y de lejos y huyendo nos amamos
Con el inmenso amor que es todo estrella.

*
* *

Pero vivo ¡oh mi niña! Quien me puso
La carnal vestidura que me encierra,
Con la terrible forma, en ella impuso
El deber de llorar vivo en la tierra.

La imagen amo: a oscuras la persigo,
Y sin llegarla a haber siempre la veo;
Pero caigo en la lucha, y me fatigo
Y la cansada frente me golpeo,

Y si al pasar de un límpido arroyuelo
Mi imagen miro, observo con espanto
Que está muy lejos el azul del cielo
Y va acabando mi vigor el llanto.

Está muy lejos el azul soñado:
En vano al vivo por el loco inmolo:
Está lejos de aquí para esperado:
Muy lejos ¡ay! para alcanzarlo solo!

*
* *

¿Quieres, mi niña? ¿me amas? Es muy bueno
Acoger al rendido caminante
Y besarle, y amarlo, y en el seno
Abrigar su cabeza palpitante:—

Que tanto el triste soñador se ha muerto
En el terrible tiempo que ha vivido,

Que cuando a un beso del amor se ha abierto,
Fénix feliz del beso ha renacido!

Soñé: ¿tú lo soñaste?—Tus cabellos
Rodaban desatados por tu espalda,
Y orgulloso el amor cubrió con ellos
Mi cabeza dormida entre tu falda.

Y así soñando, henchida ya de flores
Y repleta de luz el alma bella,
Algo hubo en ti del sueño aquel de amores
Por quien siento un amor que es todo estrella.

*
* *

Encarna! Encarna pronto! Pues el pecho,
Con ansia de mujeres se me agita,
A un amor de mujer tengo derecho
Que aplaque al vivo que en mi ser palpita!

Encarna! Encarna pronto! no es en vano
Lo que vagando en sombra, al fin concibo;
Yo quiero amar con un amor humano:
He derecho a vivir puesto que vivo!

Encarna! que esa sombra que me oye
Y me mira, y se esconde, y se dilata,
La línea fije, el pie en la tierra apoye,
Y, cabellera que el amor desata!

Mi mano enlace, mi dolor esconda,
El lecho apreste a la cabeza herida,
Y por la espalda desrollado en onda
El manto tienda, cuna de mi vida!

*
* *

Lo encarno? En ti lo encarno? Cuán galana
Forma fueras de amor ¡oh niña mía!
Mas si tú quieres que este bien que afana
Mi pobre corazón, en ti sonría,
Mírame hoy, desdénname mañana,
Pero, por Dios, desdénname algún día!

México, 12 de agosto de 1875.

Revista Universal.

México, 15 de agosto de 1875.

CARTAS DE ESPAÑA

Nuevas vienen de allá; mano querida
Llama a mi corazón: recuerdo evoca
Del tiempo en que hizo sol para mi vida,
Y palpitan los versos en mi boca,

Y espacio buscan, y en el aire ponen—
Buen mensajero a la enemiga playa—
Pensamientos de amor que la coronen
Y un beso fiel que hasta sus besos vaya.

Allá en París, la tierra donde el lodo
Con las flores habita y el misterio,
Hay una tumba que lo dice todo
Con la solemne voz del cementerio.

Allí llegué: la vida enamorada
Esparcí con placer por la arquería;

Mi mano puse en la columna helada
Y mi mano de vivo era la fría!

Y es que a la sombra de los arcos graves,
Y sobre el mármol que coronas pisa,
Bajo los trozos de extinguidas naves,
Duerme Abelardo al lado de Eloísa.

Y recuerda, oh mezquino, a quien arredra
El perpetuo calor de la arquería,
Que allí junté mi mano con la piedra,
Y mi mano era allí la única fría!

*
* *

Tiene ¡oh mujer! con esta carta fiesta
Mi corazón sobre tu amor dormido:
¡Cuánto lloran los solos! ¡Cuánto cuesta
Mover al pobre huérfano afligido!

Besos me mandas: pídesme de abrazos
Porción que pueda sofocar tus males:
¡Oh, flor perpetua, cariñosos lazos
De los amores buenos y leales!

Pobre! Tú lloras, y yo aquí—callado
De manera que al muerto en mí revelo—
Tengo siempre algún beso preparado
Que dar no puedo y que te mando al cielo!

Pobre! mi dueño, quejumbrosa mía!
Piensa que todo con vivir perece,
Pero que honrado amor, gala del día,
¡Con cada sol revive y amanece!

*
* *

Se aduerme, hasta se acalla, hasta se esconde
En la sombra que en sí genera el vivo:
Tú palpitas en mí: yo no sé dónde,
Pero sé que yo estoy de ti cautivo.

Oye: me angustio; de dolor me duermo
A una luz miserable en cama dura,
Y soy ¡oh mi alma! un infeliz enfermo
De extraños males que no tienen cura.

Y así dormido, cuando el rudo exceso
De la carnal labor mi cuerpo rinde,
Dicen que han visto palpitar el beso
Que es fuerza, ya sin ti, que al cielo brinde.

Y es que en la tierra, la mujer amada
Copia es y anuncio del celeste anhelo,
Y cuando de ella el alma está alejada,
El alma sólo puede alzarse al cielo.

*
* *

Mi pobre, mi muy bella: todavía
Nuestra pálida luz no se consume,
Y esperamos llorando un mismo día,
Y aquella pobre flor tiene perfume.

Todavía ¡oh mi bella! el pensamiento
Que sembramos en hora de dolores,
El cierzo vence, abate al rudo viento:
Todavía el rosal tiene dos flores!

Y ¡cómo es fácil al doliente triste
La vida por amor! Hoy era un día
Amargo de viudez, en que se viste
De luto el sol, y el alma está vacía.

Hoy hizo noche: si para otros hubo
Un sol caliente que mi mal no ha visto,
Yo sólo sé que acá en mi sombra estuvo
Algún dolor diciéndome que existo.

Día de vigor de la fatal cadena,
Hoy fue más grande el solitario abismo;
Hoy cavó más mi corazón la pena;
Hoy sentí más el peso de mí mismo.

Llegó la noche, y cuando un rayo blando
Alumbró mi dolor con luz de luna,
Supe que aún vives mi memoria amando:
¡Oh, tenue luz, imagen de fortuna!

Y de repente, con vigor que llamo
Resurrección, en súbitos placeres
Se enciende el sol, recuerdo que te amo,
Y siento en mí la vida de dos seres.

*
* *

¡Y es que a la sombra de los arcos graves
Y sobre el mármol que coronas pisa,
Bajo los trozos de extinguidas naves,
Duerme Abelardo al lado de Eloísa!

Revista Universal.
México, 22 de agosto de 1875.

PATRIA Y MUJER

¡Otra vez en mi vida el importuno
Suspiro del amor, cual si cupiera,
Triste la patria, pensamiento alguno
Que al patrio suelo en lágrimas no fuera!

¡Otra vez el convite enamorado
De un seno de mujer, nido de perlas,
Bajo blonda sutil aprisionado
Que las enseña más con recogerlas!

De nuevo el pecho que el amor levanta
De suave afán y de promesas lleno,
De nuevo resbalando en la garganta
Ondas de nácar sobre el níveo seno!

Y ¿con qué corazón, mujer sencilla,
Esperas tú que mi dolor te quiera?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
Pero lejos de aquí mi alma me espera.

Dolor de patria este dolor se nombra;
Cuerpo soy yo que mi orfandad paseo:
Reflejo, cárcel, vestidura, sombra,
De un alma esquiva fatigado arreo.

Miente mi labio si se acerca al tuyo,
Mienten mis ojos si de amor te miran;
De mujeril amor mis fuerzas huyo;
En incorpórea agitación se inspiran.

Amo yo más el árbol que sombrea
La tumba incierta del guerrero hermano,
Que ese nido de perlas que hermosea
Blonda más débil que tu amor liviano!

Allá, cuando se muere, todavía
Vive el que yace abandonado y muerto:
Le habla la tierra que lo cubre: el día
Le dice los murmullos del desierto.

Le cuenta el triunfo de la patria amada,
Le habla del brillo de la patria estrella,
Y cubierto de tierra aprisionada,
Se siente el muerto palpitar bajo ella!

Que el patrio amor las piedras abrillanta,
La tierra anima, el tronco añoso mueve,
Por agua pisa, a Lázaro levanta,
Y sombras y cadáveres conmueve!

La vida es inmortal: allí se acaba
El cuerpo que luchó por patria y gloria,
Y el vivo que se va, vivo se graba
De la adorada patria en la memoria.

Y brillarán los soles de fortuna,
Y besarán los aires nuestras palmas,
Y en cada copa mecerá una cuna
El invisible genio de las almas!

Sus cuerdas una la robusta lira,
Y el corazón sus átomos perdidos;
A un solo amor mi corazón aspira;
Para un solo dolor guarda latidos.

De imagen de mujer memorias pierda,
Que es poco un cuerpo cuando el alma es tanta:
Ni en alma ni en laúd hay ya más cuerda,
Que la que el sueño de la patria canta.

Si tanto bien a mi fortuna espera,
Que al cabo libre hasta mi patria vuelo,

¡De cuánto sol se llenará la esfera!
¡De cuánto azul se llenará mi cielo!

Y si más mártir que cobarde, lloro
Tanta amargura, de aquel sol lejano,
Mártir, más que cobarde, aquí lo adoro;
Atada está, no tímida, mi mano!

Este cuerpo gentil rebosa vida,
Y cada árbol allá cobija un muerto;
A todo goce esta mujer convida,
A toda soledad aquel desierto.

Coral, cobija perlas de su boca;
Mórbidas ondas ciñen su garganta;
Y escondido en el pecho, a amar provoca
Ángel que con sus alas lo levanta.

Mas cuando con amor de patria lleno
Mi alma, que para amarla ensancharía,
¿Entre blonda sutil perlado seno,
Cárceles brinda al alma ansiosa mía?

No habla de amor mi corazón que late:
Cuando en mi corazón hay un latido,
Es que me anuncia que en algún combate
Un héroe de la patria ha perecido.

Herida no hay allí que yo no sienta,
Ni golpe el hierro da que no responda;
Sagrado horror mi corazón alienta;
Honda herida hace el vil: mi alma es más honda!

Truéqueme en polvo, extíngase este brío
En fatales vergüenzas empleado;
Todo habrá muerto; mas en torno mío,
Este amor inmortal no habrá acabado.

Pero no en vano el polvo en la memoria
Imágenes de muerte me desliza:
Del fuego y del calor de aquella gloria,
No merezco yo más que la ceniza!

Y pues que pude, miserable reo
A tal voz de dolor callar contrito,
¡Ceniza sobre el débil fariseo!
¡Voces de compasión para el proscrito!

Revista Universal.

México, 28 de noviembre de 1875.

[CON SER TANTA LA VERDAD]*

Con ser tanta la verdad
De vuestra rara hermosura,
Mayor es mi desventura,
Y mayor mi soledad.
De roca os hizo en verdad
Vuestra buena madre el pecho:
¿Qué ley os dará derecho
Para prender hombre así?
Con amaros, ¡ay de mí!
¿Qué mal, señora, os he hecho?

* Esta décima y las tres que le siguen son algunas de las que figuran en el proverbio dramático *Amor con amor se paga* (1875). Por su interés y por su relativa autonomía, se incluyen en *Poesía de amor*. Han sido cotejados con un ejemplar de la edición príncipe, el cual presenta correcciones manuscritas, seguramente hechas por el autor.

[TRISTE OS PONÉIS DE REPENTE]*

Triste os ponéis de repente:
Hacéis —¡soberbio papel!—
A maravilla el doncel
De Don Enrique el Doliente.
Ved que no ha estado prudente
Vuestro triste corazón:
Yo sé que amar es razón,
A quien se ama, y ley muy justa:
Mas, si el galán no nos gusta,
¿Es amar obligación?

[ES QUE EN EL PECHO HAN NACIDO]

Es que en el pecho han nacido,
Con pensamientos de amores,
Tantos sueños, tantas flores,
Tanto vigor comprimido,
Que al cabo en paz he vivido
Con la vida que me arredra:
Es que creciendo la yedra
Al tronco y muro se prende,
Y luz de amores enciende
Tronco, arbusto, flor y piedra!

* Se trata de una respuesta que la coprotagonista de *Amor con amor se paga* dirige a su enamorado.

[ES FAMA QUE A UN CEMENTERIO]

Es fama que a un cementerio
Llegó un sabio cierto día,
Afirmando que no había
Tras de la tumba, misterio.
Un ser blanco, vago y serio,
A la tumba se acercó:
«Amor, amor» pronunció
Con triste voz quejumbrosa,
y al punto alzóse la losa,
Y el muerto resucitó.

CARMEN*

El infeliz que la manera ignore
De alzarse bien y caminar con brío,
De una virgen celeste se enamore
Y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
Su hogar alzado por mi mano; envidia
Su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
El torpe amor de Tíbulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

* Acerca de la ubicación cronológica de este poema, consúltese «Un nuevo envío de Alfonso Herrera Franyutti», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 1, 1978, p. 419.

Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.

Tiene este amor las lánguidas blancuras
De un lirio de San Juan, y una insensata
Potencia de creación, que en las alturas
Mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
El germen de la fuerza y el del fuego,
Y griego en la beldad, odia y reprueba
La veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
Despierta, rima en noche solitaria
Estos versos de amor; versos de pena
Rimó otra vez, se irguió la pasionaria

De amor al fin: aunque la noche llegue
A cerrar en sus pétalos la vida,
No hay miedo ya de que en la sombra plegue
Su tallo audaz la pasionaria erguida!

20 de mayo de 1876.

El Eco de Ambos Mundos.
México, 23 de mayo de 1876.

AVES INQUIETAS

I

Las aves adormidas
Que bajo el cráneo y bajo el pecho aliento
Como presagios de futuras vidas,
Aleteando con ímpetu violento
Despertaron ayer,—a la manera
Con que el loco desorden de la fiera
Copia airado el océano turbulento,
Transponiendo espumante
Las rocas, presa de su hervor gigante.

II

La voz se oyó de la mujer amada,
Habló de amor con sus acentos suaves,
Y las rebeldes aves
En trémula bandada,
Las alas que su cárcel fatigaron
En mi cráneo y mi pecho reposaron,
Cual Rojo mar en los ardientes brazos
De Egipto se desmaya,
Fecundando con lánguidos abrazos
Las calientes arenas de la playa.

Revista Universal.

México, 22 de junio de 1876.

DORMIDA

Más que en los libros amargos
El estudio de la vida,
Pláceme, en dulces letargos,
Verla dormida:—

De sus pestañas al peso
El ancho párpado entorna,
Lirio que, al sol que se torna,
Se cierra pidiendo un beso.

Y luego como fragante
Magnolia que desenvuelve
Sus blancas hojas, revuelve
El tenue encaje flotante:—

De mi capricho al vagar
Imagínala mi Amor,
Una Venus del pudor
Surgiendo de un nuevo mar!

Cuando la lámpara vaga
En este templo de amores,
Con sus blandos resplandores
Más que la alumbra, la halaga;

Cuando la ropa ligera
Sobre su cutis rosado,
Ondula como el alado
Pabellón de Primavera;

Cuando su seno desnudo,
Indefenso, a mi respeto—
Pone más valla que el peto
De bravo guerrero rudo;

Siento que puede el amor,
Dormida y desnuda al verla,
Dejar perla a la que es perla,
Dejar flor a la que es flor;—

Sobre sus labios podría
Los labios míos posar,
Y en su seno reclinar
La pobre cabeza mía,—
Y con mi aliento volver
Mariposa a la crisálida;
Y a la clara rosa pálida
Animar y enrojecer,
Pero aquí, desde la sombra
Donde amante la contemplo,
Manchar no quiero del templo
Con paso impuro la alfombra.
Al acercarme, en ligera
Procesión avergonzado,
No volaría el alado
Pabellón de primavera?
Al reflejarme, el espejo,
Que la copia entre albas hojas,
Negras las tornara y rojas
De la lámpara al reflejo!—
Dicen que suele volar
Por los espacios perdida
El alma, y en otra vida
Sus alas puras bañar;
Dicen que vuelve a venir
A su cuerpo con la Aurora,
Para volver —la traidora!—
Con cada noche a partir.
Y si su espíritu en leda
Beatitud los cielos hiende,
De esa mujer que se extiende
Bella ante mí ¿qué me queda?
Blanco cuerpo, línea fría,
Molde hueco, vaso roto,
Y viajera por lo ignoto
La luz que los encendía!—

Y ¿a mí que tanto te quiero,
Delicada peregrina,
Turbar la marcha divina
De tu espíritu viajero?—
¡Duerme entre tus blancas galas!
¡Duerme, mariposa mía!
Vuela bien: —mi mano impía
No irá a cortarte las alas!—

1878.—

[NOCHE SOLITARIA—ACIAGA!...]*

Noche solitaria—aciaga!—¡De cuán distinta manera,
cuando—acostados en el mismo lecho, le hablé del libro
comenzado, de unión de pueblos, de ideas no entendidas,
de mi dolor por la miseria ajena;—

de cómo aumenta el bienestar, de cómo
el bienestar peligra, bien seguro
De que a riquezas y a pobreza ríe,
Y abrazándose a mí, me ciñe y me ama.
Y así, dormidos en la negra tierra
Irà la Aurora a sorprenderme al cielo!—
Y luego ¡qué dolor! A la semilla—
A la mordida, al odio, al vil trabajo
De apretar las soberbias en la frente,—
Y, ocultando el dolor, besar el yugo!—
Mas, en las pardas horas, acabada

* Obsérvese en este curioso y significativo texto —que corresponde a un cuaderno de apuntes, el numerado 4 en *OC*— el tránsito de la prosa al verso y del verso a la prosa.

La fúnebre labor, sus blancos brazos
Premio serán a la feroz faena.—
Los hombres se devoran: no se admiran
Sino cuando se temen; nunca ensalzan
Sino a los muertos—porque ya no estorban!—
¿A qué tigres ni bosques? La soberbia,
La envidia y la ambición, vierten más sangre
Que el ágil bengalés, nómida fiero.—

Pero en la tierra hay cielo: el que en la frente
Con hierro criminal la vida abrasa—
O es ciego, o es cobarde:— la conciencia
Del recto bien obrar basta a la vida!—
Punzan aquí, lastiman, vilipendian
La más noble intención, y macerado
El espíritu posa sus fatigas
En su lecho de amor: allí la esposa
La ardiente sien con besos blandos calma
Y el frescor de la vida al alma vuelve:
Así— de diaria cuna renacido—
Fuerte siempre se torna a la pelea.—

¿Qué quieres tú, mi esposa? ¿Qué haga la obra que ha
de serme aplaudida en la tierra —o que yo viva, mordido
de rencores, sin ruido de aplausos, sin las granjerías del
que se pliega,—haciendo sereno la obra cuyo aplauso ya
no oiremos?

[¿1878-1880?]

OBRA Y AMOR

La obra —delante, y el amor —adentro:—
Y el amor, remolino avaricioso,
El alma entera arrastra al hondo centro;

La obra perece —y el amor celoso,
Luego que por su culpa el hombre yerra,
Con culpa y sin vigor lo deja en tierra.

[¿1878-1880?]

[PUES A VIVIR VENIMOS...]

Pues a vivir venimos—y es la ofrenda
Esta existencia que los hombres hacen
A su final pureza—aunque el veneno
De un cruel amor la ardiente sangre encienda,
—Aunque a indómita bestia arnés echemos
De ricas piedras persas recamado,—
—Aunque de daga aguda el pecho sea
Con herida perenne traspasado—
Vengan daga, y corcel, y amor que mate:—
Eso es al fin vivir!—

El bardo, como un pájaro, recoge
Pajas para su nido—de las voces
Que pueblan el silencio, de la triste
Vida común, en que las almas luchan
Como animadas perlas en los senos
Enclavadas de un monte lucharían.

[¿1878-1880?]

[TIENE EL ALMA DEL POETA]

Tiene el alma del poeta
Extrañeza singular:

Si en su paso encuentra al hombre
El poeta da en llorar.
Con la voz de un niño tiembla,
Es de amor, y al amor va—
Un amor que no se estrecha
En un límite carnal.
La corteza corrompida
El fruto corromperá.
Del amor de hembra no fio
Si su hoguera han de alumbrar
El quemante sol de estío
O el sol pálido autumnal:
¡Primavera —primavera,
Madre de felicidad!—

[¿1878-1880?]

[ES VERDAD...]

Es verdad. So la máscara discreta
Oculta su tormento el corazón:
Nadie sabe el abismo que el poeta
En los dinteles de la vida vio.—

De verle fue, magnífico y sencillo—
A un suave amor su cuerpo sacudir,
Y tenderse, cruzado pajecillo,
Como en un nido fresco un colibrí.—

De verle fue, con fèrvida elocuencia,
Rui señor vocinglero, arrebatarse—
Y luego, junto al libro de la ciencia,
Perdonar, sonreír, aletear!—

Fue la pública fama su riqueza,
Un martirio celeste su blasón,—
Y más que oro brillaba su pureza
A la luz de aquel sol que es más que el sol.

Dicen que la malvada baila en fiestas
Y en calma escucha el sueño de Macbeth;
Dicen que rompe al son de las orquestas
Su corona primera de mujer:

Crece a la par de la gentil doncella
El árbol puro del primer amor:
Pero ¡sépallo al fin la infame aquella!
La pureza no da más que una flor.

El pobre mozo, los heroicos labios
Plega, como quien quiere sonreír—
Y en pie volviendo a sus in-folios sabios
Adiós! llorando dice al mes de Abril.

[¿1878-1880?]

[UNA VIRGEN ESPLÉNDIDA...]

Una virgen espléndida —morada
De un sol de amor, que por sus negros ojos
Brotó, pregunta, abrasa y acaricia—
Versos me pide, versos de mujeres.
Arrullos de paloma,
Murmullos de sunsunes,
Suspiros de tojosas!—

Yo podré, en noche ardiente,
Trovando amor al pie de su ventana,

En tal aura envolverla,
Con tal fuego besarla,
Que al nuevo amanecer, —nadie vería
En su cutis la flor que lo teñía.
—¡Calla, mi amigo amor! que nadie sepa
Que yo llevo en los labios la flor roja
Que en su mejilla cándida lucía,
Y el candor, y la flor, y el frágil vaso,
Mío es todo, puesto que ella es mía.—
Y la madre amorosa,
De sagrado temor y amor movida,
Dijérale a la pálida —¿y la rosa
De tu mejilla fresca, donde es ida?

[¿1878-1880?]

DOLORA GRIEGA

—¿De qué estás triste?
—De amor.
—¿Por quién?
—Por cierta doncella.
—¿Muy bella, pues?
—¡Pues muy bella!
Estoy muy triste de amor.
—¿Dónde la hallaste?
—La hallé
En una gruta florida.
—¿Y está vencida?
—Vencida;
La adulé, la regalé.
—Y ¿para cuándo, ¡oh galán!
Valiente galán de todas,

Para cuándo son las bodas?
—Pues las bodas no serán.
Y estoy de pesar que muero,
Y la doncella es muy bella;
Pero mi linda doncella
No tiene un centavo entero.
—¿Y estás muy triste de amor,
Galán cobarde y sin seso?
Amor, menguado, no es eso:
Amor cuerdo no es amor.

1880

DESDE LA CRUZ

A la Srta. Virginia Ojea.

Niña, como las flores del naranjo
Blanca y sencilla:
¿Sabes tal vez lo que en la mar humana
Será tu vida?
Hoy —como aurora— tu existencia amena
Sonríe y brilla,
Y tallado en un pétalo, tu cuerpo
Es urna de sonrisas;
Mañana —como un sol que entre las venas
Se funde y se desliza—
Vendrá el amor, el déspota altanero,
Señor de nuestras vidas.
Te miro, y pienso en las palomas blancas,
De la selva alegría,
Y en tu alma, un nido de paloma; y pienso
En los que cazan, ¡niña!

La red vendrá. Cual moro a quien los ojos
Del fiero león fascinan,
Fascinada también, caerás amando,
Trémula, de rodillas.
¡Oh! ¡Sé muy tierna! Es la palabra pura
Que salva y que ilumina.
Ceder es dominar: sé siempre tierna:
¡Jamás serás vencida!
Cuando en el seno de tu esposo rujan
Las fieras de la vida:
Las pasiones —panteras, los deseos—
Chacales—, ¡la caricia
Apresta, niña blanca! ¡Doma potros
Y fieras la caricia!

Pues amar ¿no es salvar? No es esa fiesta
Vulgar de gentes nimias,
Que de un vals en los giros nace acaso,
Y como un vals, expira,
Ni un vago templo —de perfume extraño
Morada vívida—
Donde el azul del cielo y las ligeras
Nubes habitan,
Y en luz de estrellas y en vapor de rosas
Duerme la vida.
¿Amar? ¡Eso es un voto! Es un espíritu
Que a otro se libra,
Como una monja que en las aras jura
Bodas divinas.
Como Jesús, la generosa novia,
Serena, a la cruz mira,
Y al novio ofrece, si en la cruz lo clavan
Las fieras de la vida,
Colgarse a él, y calentar su cuerpo,
Y si en la cruz expira,
Morir con él, los nobles labios puestos
Sobre su frente fría.

¡Eso es amor! Andar con pies desnudos,
Por piedras, por espinas,
Y aunque la sangre de las plantas brote,
¡Sonreír, Virginia!

Nueva York, 1880.

[EN UN CAMPO FLORIDO...]

En un campo florido en que retoñan
Al Sol de Abril las campanillas blancas,
Un coro de hombres jóvenes espera
A sus novias gallardas.

Tiembla el ramaje, cantan y aletean
Los pájaros: las silvias de su nido
Salen, a ver pasar las lindas mozas
En sus blancos vestidos.

Ya se van en parejas por lo oscuro
Susurrando los novios venturosos:
Volverán, volverán dentro de un año
Más felices los novios.

Sólo uno, el más feliz, uno sombrío,
Con un traje más blanco que la nieve,
Para nunca volver, llevaba al brazo
La novia que no vuelve.

12 Mayo, 87

[CON LA PRIMAVERA]

Con la primavera
Vuelve el verso alado:
¿Qué hará mi corazón, que amar no quiere,
Si le asalta el amor por el costado?

Hará lo que hace el cielo
Cuando el fuego lo abrasa:
Brillará como bóveda encendida
Hasta que el fuego pase: todo pasa!

K. W./87.

[Y TEMPLAR, CON LA DICHA DE VERTE]

Y templar, con la dicha de verte,
El frenético amor de la muerte
Que el destierro colérico inspira

¿A qué el sol que del cielo
Manda al mundo su plácido rayo,
A qué el aire vibrante de mayo?

[¿1894?]

[TONOS DE ORQUESTA...]

Tonos de orquesta y música sentida
Tiene mi voz: ¿qué céfiro ha pasado

Que el salterio sangriento y empolvado
Con sople salvador vuelve a la vida?

Te lo diré: La arena de colores
Del páramo sediento
Tiembra, sube revuelta, y cae en flores
Nuevas y extrañas cuando pasa el viento.

En las teclas gastadas y frías
Del clave en el desván arrimado
Con sus manos de luz toca armonías
Sublimes un querube enamorado.

[—MI TOJOSA ADORMECIDA]

I

—Mi tojosa adormecida,
Delicada perla enferma,
¿Qué padece mi tojosa?
¿Quién me oscurece mi perla?
—Cada vez que en mis mejillas
La color partida veas,
Es que a teñir ha venido
Acá en mi seno a otra perla.
Cada vez que tu tojosa
Las dormidas alas cierra,
Es que a un niño, acá en mi seno,
Está cubriendo con ellas.

II

Como una perla dormida
Sobre su concha de nácar,

De mi Carmen sobre el seno
Nuestro niño dormitaba:
Y abrió de pronto los ojos,
Carmen, mi concha de nácar,
Y dijo ¡cuánto daría
Porque en esta vida larga
Durmiese siempre mi perla
Sobre su concha de nácar!

III

Dentro del pecho tenía
Una espléndida vivienda:
Cuantos a mí se asomaban,
Decían, vivienda espléndida!
Poblábame mi palacio
Fe en mujer: sentí con ella
Como si en la espalda floja
Fuertes alas me nacieran.
—Me desperté una mañana,
Vi las dos alas por tierra;
Me palpé dentro del pecho
Las ruinas de mi vivienda:
Desde entonces pasar miro
Pueblos y hombres en la tierra
Como estatua que sonrío
Con sus dos labios de piedra.—

[A UNA MI AMIGA Y SEÑORA]

A una mi amiga y señora
De contar le tengo un cuento:
Hubo una vez cierto loco

Que murió de lo que muero;
Pues dio en querer, y en amores
Quien bien ama, ya está muerto!

CESTO DE MIMBRE*

Tengo junto a mi mesa un cestecillo
De mimbre de un mimbral muy afamado,
No, cual otros, con cintas y adornado,
Sino, cual yo, sin lazos y sencillo.

Cuanto me cansa o sobra encuentra puesto
En mi cesto de mimbre: allí va cuanto
Me indigna o me repugna o causa espanto:
¡Cartas necias y fe, todo va al cesto!

Pero tengo en el pecho, entretejido
Como en la tierra una raíz, un triste
Amor que todo el pecho me ha comido,
Y que a entrar en el cesto se resiste.

LA COPA ENVENENADA

Desde que toqué, señora, vuestra mano
Blanca y desnuda en la brillante fiesta,

* En *OC* se informa que este poema fue «publicado en la *Revista Mercantil*, de Nueva York, con la firma de Julián Pérez», segundo nombre y segundo apellido de José Martí, quien alguna vez los utilizó para desorientar a las autoridades colonialistas durante sus gestiones de conspirador revolucionario. Pero no se especifica el número de aquella publicación.

En el fiel corazón intento en vano
Los ecos apagar de aquella orquesta!

Del vals asolador la nota impura
Que en sus brazos de llama suspendidos
Rauda os llevaba —al corazón sin cura
Repítenla amorosos mis oídos.

Y cuanto acorde vago y murmurío
Ofrece al alma audaz, la tierra bella,
Fíngelos el espíritu sombrío—
Tenue cambiante de la nota aquella.

Óigola sin cesar! Al brillo, ciego,
En mi torno la miro vagarosa
Mover con lento son alas de fuego
Y mi frente a ceñir tenderse ansiosa.

Oh! mi trémula mano, bien sabría
Al aire hurtar la alada nota hirviente
Y, con arte de dulce hechicería,
Colgando adelfas a la copa ardiente,

En mis sedientos brazos desmayada
Daros, señora, matador perfume.—
Mas yo apuro la copa envenenada
Y en mí acaba el amor que me consume.

4 de Marzo.—

GUANTES AZULES

I

Se me ha entrado por el alma
Una banda de palomas:
Me ha crecido —y sale afuera
Un rosal lleno de rosas:
Una luna apacible se levanta
Sobre un campo poblado por las tórtolas:
Un guerrero gigante resplandece
De pie, cual fuste de oro, entre las momias:
Me parece que sube por el cielo
La madre selva que tu cuarto aroma.

II

Calla, apaga la luz, deja que suba
El vapor de la tierra, y se levante
En la sombra el amor de nuestras almas:
Caerán las cosas; dormirá la vida;
Sólo tú y yo, gigantes desposados,
Nos erguiremos de la tierra al cielo:—
Coronarán tu frente las estrellas:
De los astros sin luz te haré un anillo.—

III

Yo llevo en las desdichas aprendida
Una ciencia callada,
Que reposa, como una puñalada,
En las entrañas mismas de mi vida.

Yo sé de la parcial sabiduría
Con que el hombre se nutre y aconseja;
Pero yo no sabía
Lo que sabe la rosa de la abeja!—

[VINO EL AMOR...]

Vino el amor mental: ese enfermizo
Febil, informe, falso amor primero,
¡Ansia de amar que se consagra a un rizo
Como, si a tiempo pasa, al bravo acero!

Vino el amor social: ese alevoso
Puñal de mango de oro oculto en flores
Que donde clava, infama: ese espantoso
Amor de azar, preñado de dolores.

Vino el amor del corazón: el vago
Y perfumado amor, que el alma asoma
Como al que en bosques duerme, eterno lago,
La que el vuelo aún no alzó, blanca paloma.

Y la púdica lira, al beso ardiente
Blanda jamás, rebosa a esta delicia,
Como entraña de flor, que al alba siente
De la luz no tocada la caricia.

[SÉ, MUJER, PARA MÍ...]

Sé, mujer, para mí, como paloma
Sin ala negra:

Bajo tus alas mi existencia amparo:
¡No la ennegrezcas!

Cuando tus pardos ojos, claros senos
De natural grandeza,
En otro que no en mí sus rayos posan
¡Muero de pena!

Cuando miras, envuelves, cuando miras
Acaricias y besas:
Pues ¿cómo he de querer que a nadie mires,
Paloma de ala negra?

[¿QUÉ ME PIDES? LÁGRIMAS?]*

¿Qué me pides? Lágrimas?
Yo te las daré:
Si tengo el pecho de ellas tan lleno
Que ya con ellas no sé qué hacer!

¿Enseñarlas? Nunca!
No las han de ver.
Quien su dolor en público difunde
De su dolor o alivio indigno es.

Puede la de Mágdala
Miserable mujer,—

* En el índice de *Polvo de alas de mariposa* —explica PC— aparece el título de esta composición, pero en el cuerpo de la colección el autor tachó los versos que allí la integraban: los cuatro primeros del poema, cuya versión más extensa, que aquí se reproduce, Martí escribió fuera de la mencionada colección.

Enamorada de Jesús echarse
Envuelta en llanto a sus desnudos pies;

Mas su corona de hombre
Rompe con mano infiel
El que el pudor de su dolor descuida—
Y en verso trabajado
El duelo profanado
Por calles y por plazas deja ver.

Con el dolor, el grave compañero,
Vivirse debe, y perecer entero—:
¡Vuélvete atrás —coqueta de la pena!
Boabdil impuro, flaca Magdalena!
El que en silencio y soledad padece
Derecho adquiere de morir —y crece!—
¡A mí, hierros y aceros! Y en mi pecho
Clavados, dadme de morir derecho!—

ERA SOL

Era sol: caballero en un potro,
Con la rienda tendida al acaso,
Fui testigo de un drama de amores:—
¡Qué volar! ¡Qué caer! ¡Qué dolores!...
Aprieto el paso...

Era sol. El fragor de la tierra
Celebrar tanto amor parecía:—
Y el potente amador fulguraba
Como un astro encendido, y volaba,
Y los aires hendía.—

El amor, como un águila, vuela
Sobre el cráneo poblado del hombre,
Y tal aire en sus alas encierra
Que lo empuja por sobre la tierra
Con vuelo sin nombre.

Y a tal punto el amor transfigura
Que la atónita tierra no sabe
Si aquel astro que vuela es ave
O humana criatura.

[JUEGA EL VIENTO DE ABRIL...]

Juega el viento de Abril gracioso y leve
Con la cortina azul de mi ventana:
Da todo el Sol de Abril sobre la ufana
Niña que pide al Sol que se la lleve.

En vano el Sol contemplará tendidos
Hacia su luz sus brazos seductores,
Estos brazos donde cuelgan las flores
Como en las ramas cuelgan los nidos.

También el Sol, también el Sol ha amado
Y como todos los que amamos, miente:
Puede llevar la luz sobre la frente.
Pero lleva la muerte en el costado.

[JE VEUX VOUS DIRE...]*

Je veux vous dire en vers pourquoi, chère madame,
Des fats trouvent coulant le beau parler cubain:
C'est en vers que les hommes doivent parler aux femmes:
Le genou sur la terre, le bouquet dans la main.
Des fleurs! vous faut-il plus, vraiment, pour le bonheur?
Ce sont de grands rubis, les bons coquelicots:
Quand on n'a pas tout près, pour vous l'offrir, la fleur,
Pourquoi ne pas pétrir la fleur avec des mots?

[EN UN DULCE ESTUPOR...]

En un dulce estupor soñando estaba
Con las bellezas de la tierra mía:
Fuera, el invierno lívido gemía,
Y en mi cuarto sin luz el sol brillaba.

La sombra sobre mí centelleaba
Como un diamante negro, y yo sentía
Que la frente soberbia me crecía
Y que un águila al cielo me encumbraba.

- * Para la primera edición de *Poesía de amor* Cintio Vitier escribió la siguiente versión en español de este poema:

*Deciros quiero en verso por qué, cara señora,
Los necios hallan fácil el bello hablar cubano:
En versos han los hombres de hablar a las mujeres:
La rodilla en la tierra, y la pucha en las manos.
Flores! ¿os hace falta para la dicha, más?
Las buenas amapolas grandes rubies son:
Si no se tiene cerca la flor, para ofrecérosla,
¿Por qué no modelar con palabras la flor?*

Iba hinchendo este gozo el alma oscura,
Cuando me vi de súbito estrechado
Contra el seno fatal de una hermosura:

Y al sentirme en sus brazos apretado,
Me pareció rodar desde una altura
Y rodar por la tierra despeñado.

4 de Octubre

[Y TE BUSQUÉ POR PUEBLOS]

Y te busqué por pueblos,
Y te busqué en las nubes,
Y para hallar tu alma
Muchos lirios abrí, lirios azules.

Y los tristes llorando me dijeron:
—¡Oh, qué dolor tan vivo!
Que tu alma ha mucho tiempo que vivía
En un lirio amarillo!—



Mas dime —¿cómo ha sido?
¿Yo mi alma en mi pecho no tenía?
Ayer te he conocido,
Y el alma que aquí tengo no es la mía.

[TIENE MI CIELO DE AMÉRICA]

Tiene mi cielo de América,
Lecho mío, orgullo mío,

Nubes de blancos frescores,
De ambiente amoroso y tibio,—
Ni cabe en amor tibieza
Ni cabe [en] un beso frío.—

TÁLAMO Y CUNA

«Deja ¡oh mi esposo! la labor cansada
Que tus hermosas fuerzas aniquila,
Y ven bajo la bóveda tranquila,
De nuestro lecho azul, con tu adorada.»
[.....] cargada
De súplica y de llanto la pupila;—
Y alcé los ojos de mi libro, y vila

De susto y de dolor enajenada.
«Secos y rojos, del trabajo al peso,
Tus ojos mira»,—pálida me dijo:
«Duerme!»— y me puso en la mirada un beso.
Hacia la cuna trémulo dirijo
Mi vista ansiosa, y vuelvo al tosco impreso:
¡No ha derecho a dormir quien tiene un hijo!

[DENTRO DE MÍ...]

Dentro de mí hay un león enfrenado:
De mi corazón he labrado sus riendas:
Tú me lo rompiste: cuando lo vi roto
Me pareció bien enfrenar a la fiera.

Antes, cual la llama que en la estera prende,
Mi cólera ardía, lucía y se apagaba:
Como del león generoso en la selva
La fiebre se enciende; lo ciega, y se calma.

Pero, ya no puedes: las riendas le he puesto
Y al juicio he subido en el león a caballo:
La furia del juicio es tenaz: ya no puedes.
Dentro de mí hay un león enfrenado.

[TENGO UN HUÉSPED...]

Tengo un huésped muy inquieto
Del lado del corazón.—
Muy celoso, muy celoso!—
Dormir no sabe mi huésped: no.—

Como una sierpe, se enrosca
Mas no como sierpe, no:—
Como hoguera, que consume
El lado donde está mi corazón!—

De Polvo de alas de mariposa

[DIRÁN, PUEDE SER QUE DIGAN]

Dirán, puede ser que digan
Que estos efluvios de amor
Son de éste, o aquél, o esotro:

¡Vive Dios!

Decidme, oh mariposas de colores,
Deleites vagos, enramada en flores,
Luz astral, ramos de oro, olor de selva:
Decid: ¿Sois de Frankfort, o sois de Huelva?

[¡OH! DILES QUE CALLEN]

¡Oh! diles que callen;
Diles que no rían;
Que no gocen diles;
¡Que está lejos de mí la amada mía!

[YA CRUZA LOS MARES]

Ya cruza los mares,
Ya el buque la lleva
Donde nunca los ojos llorosos
Podrán ir a verla:
Oh nubes y vientos!
Oh gaviotas felices que vuelan
Y en los mástiles altos posadas
A la dama del buque contemplan.
Oh gaviotas que en torno a sus plantas
De plumas sin mancha
Por darles alfombra
Sus alas despueblan!

[NO LEAS EN LIBROS AJENOS]

No leas en libros ajenos,
Amores de gentes extrañas;
Lee mejor los poemas que escribo
En tu frente gentil con mis miradas.
Y ve las de mirra e incienso
Torres de humo azuladas,
Que verde luz desde hoy que te he visto
De mí se escapan como de urna sagrada.

[AUNQUE PASES, PASA!—]

Aunque pases, pasa!—
Muerto, aún verán que de mi cuerpo surge
El pálido perfume de tu alma.

[QUE PIENSE?...]

Que piense? No pienso!
En ramilletes y en coronas surge
De un alma enamorada el pensamiento.

[QUE MIS VERSOS VUELAN]

Que mis versos vuelan
Como mariposas
Pequeñas e inquietas:
Ay! quédate, y verás la maravilla
De una mariposa
Que cubre con sus alas
Toda la tierra.

[LOGRÉ SUS MIRADAS]

Logré sus miradas:
Toqué ligeramente sus vestidos:
Ni una arruga en ellos,
Ni una arruga en tu alma!

[MIS PENSAMIENTOS]

Mis pensamientos
Pensando en ella,
Retozan, saltan,

Matizan, juegan,
Como corderos
En yerba nueva.

[OH VEN, OH VEN...]

Oh ven, oh ven: tú dejas en mi vida
Una casta blancura de alabastro
Y esa doliente claridad perdida
Que da en la noche silenciosa un astro.

[SEÑOR, LA CLARIDAD QUE TE PEDÍA]

Señor, la claridad que te pedía,
Que con trémulas manos imploraba,
Se entra a raudales por el alma mía!
Señor, ya no me digas la manera
Con que el mundo florece en primavera:
No me digas, Señor, cómo se enciende
El sol, que en el amor esto se aprende:
Ni saber quiero ya, pues lo sé en ella,
Cómo esparce su luz la clara estrella!

[PASTORES RISUEÑOS]

Pastores risueños,
Fragantes mañanas,
Palomas dormidas,
Y allá en la cima de los montes regios

Magníficas águilas:—
Venid, oh amigos, celebrad conmigo
La visita del júbilo a mi alma.
 Tocad a su puerta,
 Llamadla en voz baja:
 Si duerme, que duerma!
Pues viva o dormida, o aun muerta,
Para siempre la llevo en el alma!
 Dejadle oh palomas,
 Las gotas de claro rocío
 Que os brilla en las alas:
Y vosotras, mis águilas fieras,
 Dormid a sus plantas!
Si despierta, oh pastores, llevadle
En cestos de flores palomas muy blancas!
Por Dios, que esto es gozo,
Oh, qué cielo tan claro es el alma!
Prendedle, pastores,
Todo el lecho de blancas guiraldas!

[AYER, AL DARME AL SUEÑO...]

Ayer, al darme al sueño, como en nube
Venir te vi, y luego hermosa y grave
Subir en paz, como el incienso sube
Del blanco altar a la espaciosa nave.

[QUE DE QUÉ MADERA]

Que de qué madera
Mi féretro has de hacer? Pues yo lo hiciera

De ella, de sus perlados
Brazos, y de sus senos perfumados.

[OH YA PUEDO MORIR: LA HE
CONOCIDO!]

Oh ya puedo morir: la he conocido!—
Brilla, este amor, envuelto en blancos velos
Como un ramo de estrellas suspendido
En la región serena de los cielos.

[DICEN QUE NUBIA ES TIERRA DE
LEONES]

Dicen que Nubia es tierra de leones:
No puede ser:
La tierra de leones es un alma
Sin amor de mujer.
Y Tierra de palomas
Aquélla, oh noble amor, donde tú asomas.

[CUANDO VIENE EL VERSO]

Cuando viene el verso
No se sabe bien:
Pasas tú, —y el verso
Pasa también.

[EN LOS DIARIOS QUE LEO]

En los diarios que leo,
En las nubes que cruzan,
En el aire invisible, mis errantes
Desconsolados ojos te dibujan.
Y me cubro los ojos,
Como alivio a mi angustia,—
Y del fondo del alma te levantas,
Llorosa, inconsolable, eterna, augusta.

[CUANTO PUDO SER, HA SIDO]

Cuanto pudo ser, ha sido:
Qué me importa lo demás?
Si el aroma es todo mío
Del vaso qué se me da?

[VETE, BIEN PUEDES IRTE...]

Vete, bien puedes irte. Como deja
Ancho surco en la mar la nave hermosa,
Así tu imagen en mi extraña vida:
Vete,—y mi pena cuajará la espuma!

[TIENE EL CIELO LA VÍA LÁCTEA]

Tiene el cielo la vía láctea:
Pues yo tengo más:

Tengo el recuerdo de la tarde aquella
En que te vi, mirándome, a punto de llorar.

[LO QUE AL LABIO SACO]

Lo que al labio saco
Lo saco del pecho:
Si sale en alemán, es que alemanes
El amor y el dolor se están volviendo.

De La pena como un guardián

[VENID, QUE OS LLENE DE CLAVEL
Y VIOLAS]

Venid, que os llene de clavel y violas
Oh doncellas, los blancos delantales!
De un cabo a otro del cielo está tendido
Un toldo a cuya sombra huyen las penas.

[VEN, Y APRIÉTATE A MÍ...]

Ven, y apriétate a mí: mira cuál cruzan
Los amores, cual cerdos en bandadas:
Ven! tú me cuentas lo que yo sabía:
 Tu amor viene dormido en un águila!

[Y TRES AÑOS DESPUÉS...]

Y tres años después, en donde mismo
Saqué del alma estos extraños versos

Vi sin temblar a la que amé temblando.
¿Qué pasó entre nosotros? Pasó el tiempo.

[¿MI CRÁNEO?...]

¿Mi cráneo? dices que saber te holgara
Lo que anda dentro de él: pues llega y velo:
Hay un mar de agua azul, serena y clara:—
Y desde que viniste tú, hay un cielo!

[AIRADOS ME PREGUNTAN]

Airados me preguntan
Benévolos amigos
Por qué en libros no vierto el alma ardiente:—
—Oh, sí!: yo escribiré todos los libros
Que quepan en su frente!

[¿QUÉ NIÑO RECIÉN PUESTO
EN BLANCA CUNA]

¿Qué niño recién puesto en blanca cuna,
Qué mariposa azul habrá que lleve
A ti este amor más claro que la luna
Sobre un prado cubierto por la nieve?

[Y TÚ, POBRE MUJER...]

Y tú, pobre mujer que sacudiste
Las cuerdas duras de mi lira,—¡gracias!

[PALABRAS?...]

Palabras? ya sé: palabras,
No me las puedes decir;
Pero mirarme, sí puedes:—
Basta para vivir!

[PAPEL, FALTARME PODRÁ]

Papel, faltarme podrá:
Cielo donde escribir lo que me inspiras
Nunca me faltará!

[SURJO! —LA NOCHE LLEGA...]

Surjo! —La noche llega: a mí la rima
Retorna, y en la sombra que la encanta
Tu amor, como una torre, por encima
De la callada tierra se levanta.

[COMO UNA ENREDADERA]

Como una enredadera
Ha trepado este afecto por mi vida:
Díjeme que de mí se desasiera,
Y se entró por mi sangre adolorida
Como por el balcón la enredadera!

[COMO DE ENTRE MALEZAS LEÓN
DORMIDO]

Como de entre malezas león dormido
Resurge de mi mente el pensamiento:
Pero míralo bien —verás que lleva
Tinto de sangre lo mejor del pecho.

[ES RUBIA...]*

Es rubia. Como el carro del esbelto
Heclas de Olimpo, fúlgido y sonoro,
Voy desde que la quiero, como envuelto
En una nube de centellas de oro.

* Es evidente la similitud de esta composición con la primera estrofa del poema XVII de *Versos sencillos*, incluido en esta *Poesía de amor*.

[YO TENGO EN MI OFICINA]

Yo tengo en mi oficina
Un calado sillón de sicomoro;
Y cuando pienso en ella
Me siento en mi sillón calado, y lloro.

[PUES DIGO QUE EL AJENJO]*

Pues digo que el ajenjo
No es más amargo
Que un amor que no puede
Salir al labio.

[ANOCHE ME ABRÍ EL PECHO]

Anoche me abrí el pecho
Para verte mejor, esposa mía:—
Y una paloma allí, como en su lecho
En el seno de un águila dormía.—

* Refiriéndose al poema que allí le precede a éste —y que por su tema no figura en la presente selección—, *PC* aclara: «Hasta aquí, los versos agrupados en *OC* bajo el título de “La pena como un guardián y otros fragmentos”. A continuación, otros versos intercalados en los apuntes de Martí que pueden formar parte de esta colección.»

[¿QUE ESTE CANTO MÍO]

¿Que este canto mío
Es canto alemán?
Pues dime: aquellos besos que me diste
¿También allá se dan?

[YO SÉ CÓMO CAE UN FARDO]

Yo sé cómo cae un fardo
En tierra; yo lo he aprendido—
Viendo cómo mi espíritu gallardo—
En mitad de un seno ¡ay! ha caído.

[Y TE APOYAS EN MI HOMBRO...]*

Y te apoyas en mi hombro, y me preguntas:
—¿Estás triste? ¿qué tienes?
—Si no me has dado un beso todavía,
¿Cómo he de estar alegre?

* En *OC* esta composición finaliza con los siguientes versos: «Y hubo un ruido: —volaron ruiseñores / Y en el seco floral nacieron flores.» En *PC* se transcriben como un dístico independiente, y en nota al pie se expresa que «podrían continuar el poema anterior, o ser un poema aparte».

[ESA ROSA QUE ME DAS]

Esa rosa que me das
De tu rosal es la flor,
Y estos versos que yo exhalo
Son la flor de mi dolor.—

[CORAZÓN, HOY ME HAN DICHO]

Corazón, hoy me han dicho
Que en esta pena anhelas hallar miel.
Corazón: está quedo!
Hijos me dio tu amor: morir no puedo.

[ME CASÉ?...]]

Me casé? Yo me casé
Con un cestillo de nubes:
Y en la noche de mis bodas
Vi que era un cesto de cintas azules.
Y vi el cesto, yo lo vi
A la luz de la tormenta,
Y hallé —no hallara la muerte!
Que era un cesto de cintas muy negras.

EPÍLOGO

[LIBRO DE AMOR, QUE SE CIERRA]

Libro de amor, que se cierra
Sin nube, mancha ni ocaso,
Fuente pura, limpio vaso,
Vete a consolar la tierra!

ÍNDICE

Es el amor: es el verso / 5

PRIMERA PARTE

De *Versos libres*

Bosque de rosas / 27

Pomona / 28

Sed de belleza / 29

¡Oh, Margarita! / 30

Amor de ciudad grande / 31

Mujeres / 33

Crin hirsuta / 35

Mantilla andaluza / 35

[Con un astro la tierra se ilumina] / 36

Vino de Chianti / 37

[De mis tristes estudios...] / 38

[Por Dios que cansa] / 38

[Todo soy canas ya...] / 39

Copa con alas / 41

Árbol de mi alma / 42

Luz de luna / 42

Poética / 44

[¡Caballo de batalla!] / 45

[En mi paso ligero...] / 45

[Cómo me has de querer?...] / 46

De *Versos sencillos*

- IV. *Yo visitaré anhelante* / 47
IX. *Quiero, a la sombra de un ala* / 48
XIII. *Por donde abunda la malva* / 50
XIV. *Yo no puedo olvidar nunca* / 51
XV. *Vino el médico amarillo* / 51
XVI. *En el alféizar calado* / 52
XVII. *Es rubia: el cabello suelto* / 52
XVIII. *El alfiler de Eva loca* / 53
XIX. *Por tus ojos encendidos* / 54
XX. *Mi amor del aire se azora* / 54
XXI. *Ayer la vi en el salón* / 55
XXVI. *Yo que vivo, aunque me he muerto* / 56
XXXIII. *De mi desdicha espantosa* / 56
XXXV. *¿Qué importa que tu puñal* / 57
XXXVII. *Aquí está el pecho, mujer* / 57
XXXVIII. *¿Del tirano? Del tirano* / 58
XLII. *En el extraño bazar* / 58
XLIII. *Mucho, señora, daría* / 59

SEGUNDA PARTE

Poemas dispersos

- El ángel / 63
[Noche. En la tierra dormida] / 64
[Redención] / 64
Síntesis / 68
Sin amores / 70
[Ni la enamoro yo para esta vida] / 73
[Rosario] / 77
Sin amores / 78
Síntesis / 80
Haschisch / 82
Sin amores / 88
Flor blanca / 90
Versos / 95
La vi ayer: la vi hoy / 98
Cartas de España / 103

Patria y mujer / 107
[Con ser tanta la verdad] / 110
[Triste os ponéis de repente] / 111
[Es que en el pecho han nacido] / 111
[Es fama que a un cementerio] / 112
Carmen / 112
Aves inquietas / 114
Dormida / 115
[Noche solitaria-aciaga!...] / 117
Obra y amor / 118
[Pues a vivir venimos...] / 119
[Tiene el alma del poeta] / 119
[Es verdad...] / 120
[Una virgen espléndida...] / 121
Dolora griega / 122
Desde la cruz / 123
[En un campo florido...] / 125
[Con la primavera] / 126
[Y templar, con la dicha de verte] / 126
[Tonos de orquesta...] / 126
[—Mi tojosa adormecida] / 127
[A una mi amiga y señora] / 128
Cesto de mimbre / 129
La copa envenenada / 129
Guantes azules / 131
[Vino el amor...] / 132
[Sé, mujer, para mí...] / 132
[¿Qué me pides? Lágrimas?] / 133
Era sol / 134
[Juega el viento de abril...] / 135
[Je veux vous dire...] / 136
[En un dulce estupor...] / 136
[Y te busqué por pueblos] / 137
[Tiene mi cielo de América] / 137
Tálamo y cuna / 138
[Dentro de mí...] / 138
[Tengo un huésped...] / 139

De *Polvo de alas de mariposa*

- [Dirán, puede ser que digan] / 140
[¡Oh! díles que callen] / 140
[Ya cruza los mares] / 141
[No leas en libros ajenos] / 141
[Aunque pases, pasa!—] / 141
[Que piense?...] / 142
[Que mis versos vuelan] / 142
[Logré sus miradas] / 142
[Mis pensamientos] / 142
[Oh ven, oh ven...] / 143
[Señor, la claridad que te pedía] / 143
[Pastores risueños] / 143
[Ayer, al darme al sueño...] / 144
[Que de qué madera] / 144
[Oh ya puedo morir: la he conocido!] / 145
[Dicen que Nubia es tierra de leones] / 145
[Cuando viene el verso] / 145
[En los diarios que leo] / 146
[Cuanto pudo ser, ha sido] / 146
[Vete, bien puedes irte...] / 146
[Tiene el cielo la vía láctea] / 146
[Lo que al labio saco] 147

De *La pena como un guardián*

- [Venid, que os llene de clavel y violas] / 148
[Ven, y apriétate a mí...] / 148
[Y tres años después...] / 148
[¿Mi cráneo?...] / 149
[Airados me preguntan] / 149
[¿Qué niño recién puesto en blanca cuna] / 149
[Y tú, pobre mujer...] / 150
[Palabras?...] / 150
[Papel, faltarme podrá] / 150
[Surjo!—La noche llega...] / 150
[Como una enredadera] / 151
[Como de entre malezas león dormido] / 151
[Es rubia...] / 151

[Yo tengo en mi oficina] / 152
[Pues digo que el ajenjo] / 152
[Anoche me abrí el pecho] / 152
[¿Que este canto mío] / 153
[Yo sé cómo cae un fardo] / 153
[Y te apoyas en mi hombro...] / 153
[Esa rosa que me das] / 154
[Corazón, hoy me han dicho] / 154
[Me casé?...] / 154

EPÍLOGO

[Libro de amor, que se cierra] / 157

